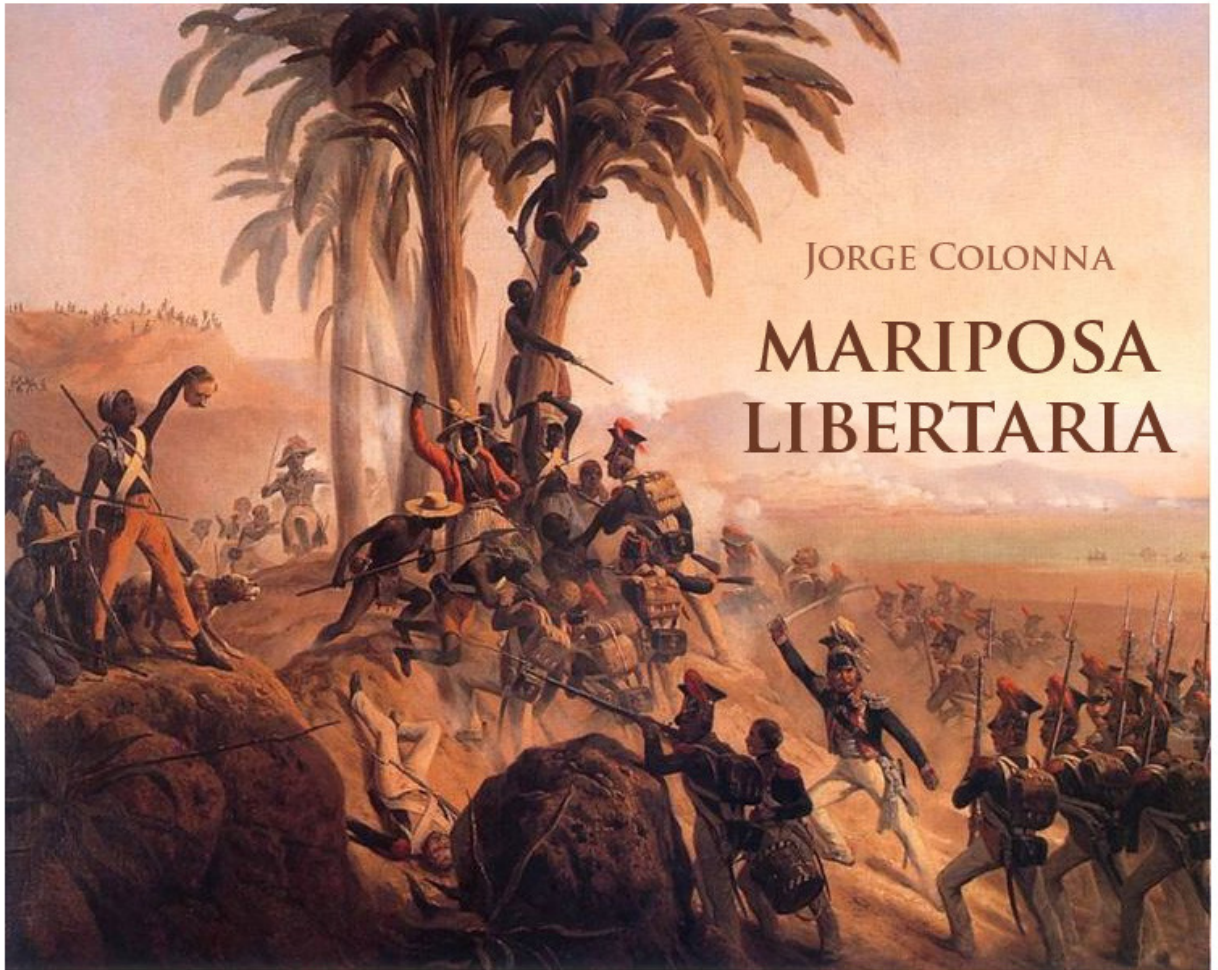


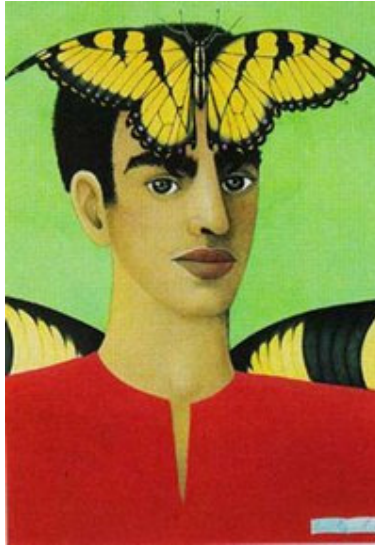


*“Dos bandos enfrentados con implacable crueldad,
uno que esquilma y otro que sangra”*
José María Arguedas.

Laboratorio de literatura intercultural y oralitura comunitaria, 2009.
Dirigido por Gabriela Morando.

**PLATAFORMA VIRTUAL DE GESTIÓN AFROAMERICANA
RED AFRO**

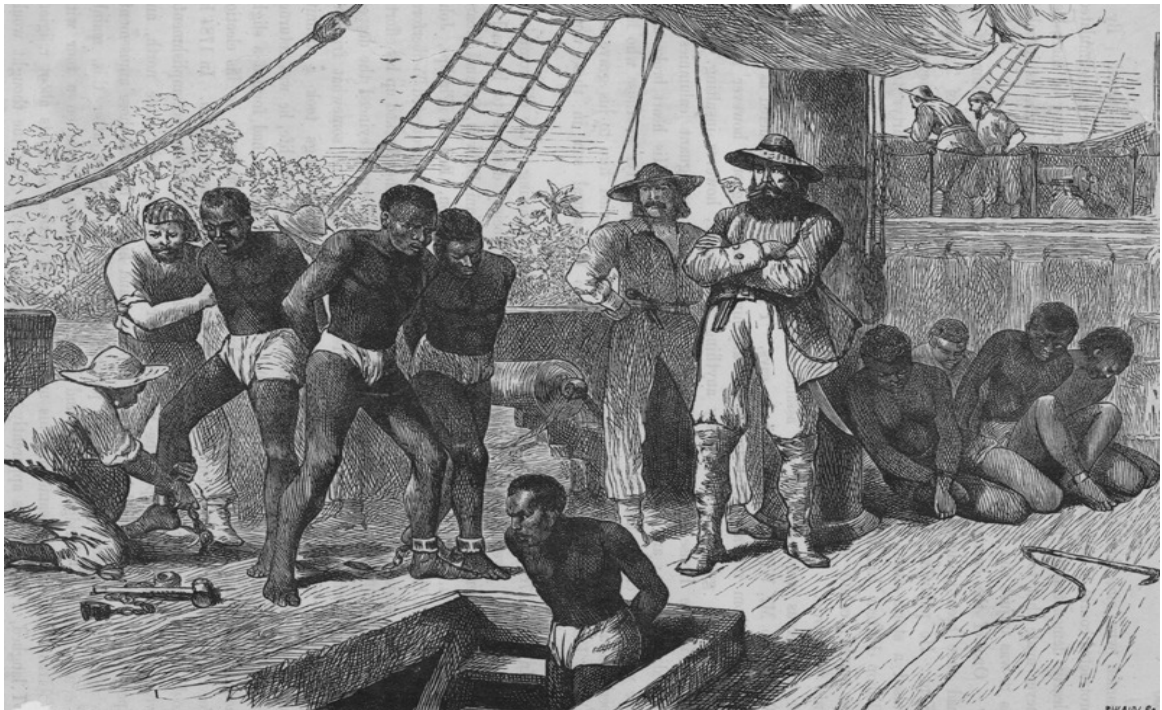
*¿Pero qué es la historia de América toda
sino una crónica de lo real maravilloso?
Alejo Carpentier
“EL REINO DE ESTE MUNDO”, Prólogo*



Cimarrones

“Aquellos cuyo espíritu orgulloso se rebelaba ante la esclavitud como algo intolerable y se negaba a eludirla cometiendo suicidio, escapaban a los bosques y las montañas donde formaban bandas de hombres libres: los cimarrones”.

C. L. R. James, “LOS JACOBINOS NEGROS”



Bajo el agobiante sol del Caribe, el esclavo se dejó caer y descansó hasta que un cruento latigazo lo despertó. El joven Aimé reaccionó con rabia y cercenó de un machetazo la mano agresora. Culpable de un delito que se pagaba con la vida, su única alternativa era huir y evitar ser recapturado. Estremecido por el miedo, echó a correr hacia el monte y no se detuvo hasta que llegó la noche. Entonces, se escondió en la copa de un frondoso ébano, a horcadas sobre una rama. Con las primeras luces del día, el negro despertó de sus pesadillas a una realidad no menos preocupante: unos ladridos, aún lejanos, le confirmaban que la cuadrilla encargada de su captura ya había iniciado la persecución. Descendió del árbol y sintió en sus huesos un dolor insoportable, pero no tenía opción; con la fuerza que sólo podía darle el terror, recommenzó la fuga, en sentido opuesto al de la jauría de su amo. Durante varias horas avanzó por el pedregoso cauce de un arroyo, con la esperanza de que los perros perdieran su rastro, hasta que, exhausto y hambriento, se detuvo junto a una guayaba, cuyos frutos -de pulpa carnosa y dulce- le parecieron más sabrosos que nunca. Luego prestó atención al desplazamiento de unas codornices, descubrió el nido y engulló sus huevos. Aunque ya no escuchaba los amenazadores ladridos, el fugitivo decidió reiniciar su marcha para continuar alejándose de sus perseguidores.

Al anochecer, buscó refugio en una zona de cavernas y se sobresaltó al ver una columna de humo. Entonces pensó que, muy difícilmente, algún colono se hubiera internado tanto en el bosque, y que tal vez se tratara de otro esclavo prófugo. A pesar del razonamiento tranquilizador, no fue sino con suma cautela que se acercó al fuego. Las imágenes a contraluz no permitían descubrir el color de la piel de las siluetas, pero al escuchar la conversación en *Creole* se convenció de que estaba entre *cimarrones*.

—¡Salu! —desde lejos, saludó Aimé.

—¡Salu! —le respondió uno de los desconocidos.

Confiado, el fugitivo se acercó. Su mirada paseó fugazmente por los rostros oscuros de los dos hombres y se detuvo en el cochinito que estaban asando en el fogón. Hubo un gesto que pareció un convite y el recién llegado no dudó en servirse un pedazo de carne. Mientras masticaba con desesperación, mostró la profunda marca en el pecho que le fuera grabada por su amo, con un hierro candente, y que lo identificaba como de su propiedad. Sus interlocutores, a modo de presentación, también exhibieron sus propios carimbos, infamantes resabios de la esclavitud.

Un rato después, arrullado por el chisporroteo del fuego, Aimé ya dormía.

Apenas clareaba cuando sus ocasionales anfitriones lo despertaron.

—Vini! (¡Vamos!) —dijo uno de ellos.

—Kikote? (¿Adónde?) —preguntó el joven.

—Al palenque, para compartir con los nuestros lo que hemos cazado.

—Oukilé? (¿Dónde queda?).

—A un día de marcha, quizás menos si nos ayudas con la carga; está en un valle de difícil acceso, escondido entre las montañas.

—Dak (De acuerdo) —, con un gesto de agradecimiento se ofreció para colaborar en el transporte de trampas y presas.

A medida que los tres hombres avanzaban, la vegetación se hacía cada vez más tupida; los helechos iban cediendo su lugar a una espesa maraña de lianas y enredaderas que caían de los árboles y se entretejían al azar, formando una red que tapaba el cielo y escondía el sol. El embriagador perfume de las flores silvestres impregnaba el extraño ambiente y Aimé tuvo la sensación de estar entrando a un mundo vegetal que le era desconocido. Atemorizado, intentó abrirse paso a machetazos, pero los otros se opusieron:

–No hay que dejar rastros que permitan encontrarnos –le explicaron.

Por esa misma razón, descendieron por una abrupta falla del terreno, evitando superficies menos escarpadas, y caminaron varias leguas por el lecho de un arroyo que corría por un angosto cañadón, oculto en una penumbra verde. Más adelante, la quebrada desembocaba en una pequeña planicie, de vegetación achaparrada.

–Nunca intentes atravesarla –le dijo a Aimé uno de sus compañeros, y agregó –Esa zona está sembrada de estacas y púas filosas que te destrozarían los pies, son trampas contra nuestros perseguidores.

Continuaron caminando por el cauce cada vez más caudaloso del arroyo hasta que, luego de atravesar una estrecha y profunda garganta, encerrada entre paredes casi verticales, encontraron el fértil valle donde estaba el *palenque*. Era una fortificación rodeada de estacas punzantes, que protegía un caserío de techos de paja, con manchones de campo sembrado, junto a un río.

–Ése es Oke, nuestro jefe –dijo uno de ellos, señalando a un negro robusto, de motas desgreñadas y mirada inquietante- fue elegido *capitán* y todos respetamos sus órdenes –agregó.

–Salú –dijo Aimé.

–Byenvini (Bienvenido) –resonó el vozarrón del líder –somos una comunidad de esclavos fugados para volver a vivir como en África. Aquí no hay amos que dispongan de nosotros a su voluntad. Nadie puede vendernos, comprarnos o cambiarnos como mercaderías.

–Kisa pi muen fe? (¿Qué debo hacer?) –preguntó Aimé.

–Travail (Trabajar). Todos tenemos que trabajar por los demás y al que no cumple lo echamos. Algunos somos labradores y otros construyen refugios, cazan o pescan en el río. Sobrevivimos como podemos y, cuando es necesario, tomamos de las haciendas comida, armas, herramientas, animales, ropa y –si es posible– recuperamos a nuestras mujeres.

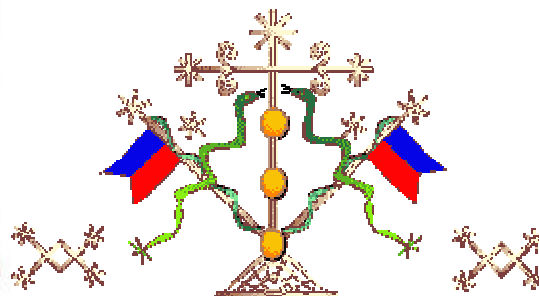
–Ki moun ki la? (¿Quiénes son aquellos?)

–Son los hombres que defienden este lugar con fusiles y machetes. Siempre debemos estar preparados para enfrentar a quienes nos persiguen.

Mackandal

“La emancipación haitiana fue posible gracias a la unidad de acción política derivada de la unidad religiosa”

Jean Price-Mars: “Así habló el tío”



—Éste es el barracón de los hombres —le explicaron al recién llegado —ahora, contigo, somos dieciocho. Allí, junto a la montaña, en una de esas casuchas vive el *capitán*, y en la otra cinco mujeres. Ése es el sitio más seguro del *palenque* porque oculta la entrada a una cueva que se comunica con varias cavernas, donde podemos refugiarnos si somos atacados. Esta noche junto al fogón mientras comamos conocerás a los demás. Antes de que anochezca deberías cortar paja y armarte un lecho en algún rincón de la barraca.

El sol ya estaba ocultándose cuando una de las mujeres comenzó a golpear un caldero para avisar que la comida estaba lista. Las restantes, caminando rectas y erguidas, trajeron en sus cabezas recipientes con agua y canastas de frutas. Conversando y bromeando libremente, los hombres, equipados con cucharas y platos de metal, típicos de los esclavos de la isla, formaban fila y esperaban su turno. Como Aimé no tenía cubiertos, Fleurette se los proveyó y luego le sirvió un abundante guiso de arroz y frijoles, mucho más sabroso que los recalentados *congrís* que le daba su ex amo. Él agradeció con un cordial: —Mési (gracias). Al rato, con una amable sonrisa, la muchacha le trajo un plátano maduro. Era alta y delgada, pero de caderas robustas, cuello fino, cabeza pequeña, pelo rizado corto y una mirada luminosa.

Ya habían iniciado una conversación cuando alguien los interrumpió:

—Komon ou ye? (¿Cómo estás?) —le dijo uno de los comensales y Aimé reconoció inmediatamente a otro integrante de su misma plantación que, tiempo atrás, también se había convertido en *cimarrón*. Aunque no tenían el menor vínculo de sangre entre sí, y pese a la notoria diferencia de edades, Aimé y Fortuné se abrazaron fraternalmente porque estaban unidos por los sufrimientos padecidos.

—Kounye-a sa yo vouzi-nay sé pan anm (Ahora esta comunidad es nuestra familia)

—dijo el viejo y, con cara de pícaro, guiñándole un ojo a Aimé, mientras señalaba a Fleurette, agregó: —Pinga zunzun. Zuazo ki chanté anpil pa gra (Ten cuidado picaflor. Pájaro que canta mucho no engorda).

Sonrojándose, el joven intentó una explicación: —Sólo hablamos.

—Dak, piti piti zouazo fé nich li (De acuerdo, poco a poco el pájaro hace su nido) — insistió Fortuné y, como contestándose a sí mismo, agregó: —Pa gen pwoblem (No hay problema).

Aparentando estar incómoda con el cariz que había tomado la conversación, Fleurette retomó su tarea, mientras los dos hombres continuaban conversando y comiendo. Cuando el recién llegado elogió la comida, el anciano le respondió con otro de sus refranes: —Nan ta grangou, patat pa gin po (En tiempo de hambruna, la batata no tiene cáscara). Luego, durante la charla, Aimé se extrañó al escuchar a unos cimarrones hablando en una lengua extraña:—Son *congós* que entre ellos hablan en *Kikongo* —explicó Fortuné y agregó en voz baja —el capitán prefiere que todos usemos el *Creole*.

—¿Y qué tal es el jefe? —preguntó Aimé.

—El *capitán* Oke es un hombre severo, pero respeta mi edad y mi participación en la rebelión de 1757 —respondió el anciano.

—¿1757?

—Wi (Sí). Antes que tú nacieras, los esclavos liderados por Mackandal se alzaron contra los franceses.

—Vrémen? (¿De verdad?).

—Byinsir (Por supuesto). François Mackandal era un negro que a los 12 años, junto a su hermano mayor, fue capturado en las costas del Golfo De Guinea y cargado en un barco negrero, donde yo también estaba cautivo. Apiñados en bodegas, encadenados unos a otros, agusanados y con piojos, viajábamos en medio de la inmundicia, pues no teníamos siquiera dónde hacer nuestras necesidades. Durante el viaje en esa prisión

infernado, la mayoría de los esclavos murió por debilidad o enfermedad, otros en represalia por amotinamientos, y algunos -como el hermano de Mackandal - lograron zafarse de sus cadenas y se arrojaron por la borda, en pleno océano. Cuando los sobrevivientes llegamos a la isla de Saint-Domingue, fuimos hacinados en barracones tan apesados como la nave, donde pasamos un tiempo de cuarentena para que no transmiéramos enfermedades. La única diferencia era que nos alimentaban un poco mejor, para poder mostrarnos saludables al momento del remate. Ese día también nos untaban con un aceite que disimulaba las heridas, resaltaba músculos y aumentaba nuestro precio. Como Mackandal era un muchacho fuerte, con muchos años de trabajo por delante, fue rápidamente comprado por el dueño del ingenio Lenormand. Yo estaba muy débil y fui vendido como rezago al propietario de una pequeña plantación de azúcar; casualmente la misma donde estaba quien luego sería tu madre.

Fortuné interrumpió su relato y preguntó:

—Anniye? (¿Aburrido?)

—Non! (¡No!) Kontinyé, sivouplé (Continúa, por favor) —pidió Aimé.

—A Mackandal no volví a verlo hasta muchos años después. Le faltaba un brazo; lo había perdido en un accidente en el ingenio, mientras molía caña. Manco, ya sin utilidad para su amo, aprovechaba todo su tiempo libre para vagar y hablar con su gente. Cuando nos encontramos, yo iba conduciendo un carromato cargado de caña, le hice lugar en el pescante, se sentó junto a mí y, mientras los percherones se esforzaban por arrastrar la pesada carga, él comenzó a contar. En sus encuentros con esclavos de distintas haciendas siempre les preguntaba sobre las torturas: los latigazos eran cosa de todos los días, pero a veces los azotes eran tan brutales que la pobre víctima perdía la vida. Otra maldita costumbre era ponerles cadenas en las manos y en los pies, o hacerles arrastrar piedras enormes. Los hierros al rojo vivo no sólo se usaban para marcar a los esclavos sino también para castigarlos. A los que intentaban fugarse se los escarmentaba cortándole una mano o pierna, y si el negro reincidía lo dejaban morir de hambre o lo quemaban vivo o lo enterraban dejando afuera sólo la cabeza, untada con melaza para que las alimañas la comieran. Por terror a sufrir estos espantosos castigos, muchos esclavos se suicidaban: por un lado se liberaban de ese trato salvaje y por otro le hacían perder un trabajador a su amo. Otras preguntas que Mackandal solía realizar eran las relacionadas con los recuerdos y leyendas de África, conservadas boca a boca por ancianos memoriosos. Ahora era él quien divulgaba todo lo que había escuchado: las historias de sus orígenes, para devolverle a los desterrados el orgullo por sus ancestros; y las brutales torturas, para inducirlos a la rebelión. Fue entonces que el *mandinga* me contó la historia del gran imperio negro de *Malí*, tan extenso que se tardaba un año en atravesarlo de este a oeste. Incluía 400 ciudades, 50 millones de habitantes y legendarias minas de oro. Era un territorio pacífico y muy organizado. Tal había sido su influencia que logró difundir su cultura a todo el oeste de África. —Los reyes de Malí —agregó Fortuné— luchaban encabezando sus ejércitos porque estaban acompañados por nuestros dioses, que son muchos y buenos; no como el único Dios de los franceses que permite la esclavitud, ese infierno de este mundo. A continuación, Mackandal me recordó que los negros aparentamos aceptar el cristianismo, pero seguimos creyendo en la religión que nos transmiten nuestros mayores. El *vudú* nos enseña a distinguir entre las fuerzas del bien y del mal, nos hermana con las distintas tribus, con los animales y con las plantas, y sus *Loas* nos ayudan a enfrentar las dificultades de aquí y a comunicarnos con el espíritu de nuestros muertos.

En una encrucijada de caminos, oculta en lo más lo más oscuro del monte, Mackandal se bajó del carro, diciendo:

–Voy a la casa de una *mambo* que me está enseñando a preparar veneno, con hongos silvestres.

El tiempo fue pasando sin noticias de Mackandal. Ya extrañaba esos relatos que me venían como anillo al dedo, cuando un día vino a verme y me propuso participar de una conjura contra los blancos.

–L-nion fé lafòs (La unión hace la fuerza) –me dijo, y sin medir las consecuencias, yo acepté. Entonces me citó a una reunión en la casa de los venenos, a la que asistirían otras personas de su confianza. Esa noche, a la intemperie, apenas cubierta por un lúgubre cobertizo de paja del que colgaban banderas vudú, la *mambo* ejecutó un ritual para hablar con los *Loas* y pedirles su ayuda en la rebelión. Primero derramó harinas y granos para dar forma en el suelo a fundamentos secretos transmitidos de generación en generación. Luego, acompañada por la frenética percusión de los tambores yorubas y bantúes, comenzó a bailar con extraña intensidad, hasta que perdió el control de su cuerpo y fue montada por el espíritu de Ogun. A continuación, ofrendó un animal, bebió un poco de su sangre y con la restante dibujó un *vevé* circular en la tierra, sobre las harinas y granos. Finalmente, cuando la *mambo* había logrado captar la fuerza de nuestra voluntad, Mackandal nos propuso eliminar a los blancos de la isla envenenando sus reservas de agua. Todos estuvimos de acuerdo y comenzamos. –Hasta aquí es la parte de esa historia en la que participé –dijo el anciano. –¿Quieres que siga?

–Wí, kontinyé! (¡Sí, continúa!) –contestó el joven.

–Dicen que el veneno mató a muchos franceses, como así también a parte de su servidumbre y sus animales. La extraña mortandad se expandía a lo largo y a lo ancho de la isla, el pánico aumentaba día tras día y la isla se enlutaba en una sucesión de ceremonias fúnebres. Llegó un momento en el que las grandes hogueras, que al inicio sólo calcinaban los cuerpos de animales, comenzaron a recibir también los cadáveres de los cristianos, quienes morían sin dar tiempo a los entierros.

Cuando los médicos descartaron la posibilidad de una peste y detectaron el veneno, los blancos comenzaron a azotar y torturar a sus esclavos en busca de una explicación. Entonces, alguien confesó: Mackandal, devenido en *houngan* e investido de poderes extraordinarios, había proclamado el exterminio de los blancos para crear un país de negros libres en Saint-Domingue. De inmediato, los soldados y muchos civiles armados se movilizaron para cazar al manco. Al principio las patrullas buscaron afanosamente rastros de Mackandal. Luego, con el paso del tiempo, cuando los envenenamientos cesaron, los patrullajes fueron cada vez menos exhaustivos. Mientras los blancos no lograban explicar su falta de éxito en la búsqueda del jefe rebelde, los esclavos hacíamos sonar nuestros tambores con alegría: otro *houngan* nos había contado que Mackandal, gracias a sus poderes ilimitados, se había transformado en *mariposa nocturna* y que, gracias a esa metamorfosis, podía recorrer toda la isla sin temor a ser visto ni capturado.

Tiempo después, Mackandal reapareció, bajo su fisonomía humana, para liderar la sublevación masiva contra los blancos. Pero los espías se habían multiplicado, alguien notificó al ejército y el grupo subversivo fue capturado.

En enero de 1758, dictaron la sentencia: Mackandal debía morir en la hoguera. El día de la ejecución casi todos los pobladores estuvieron presentes en la plaza: el gobernador y las restantes autoridades, los hacendados, los militares, los demás colonos blancos y los mulatos libertos. Los esclavos también fuimos llevados, por la fuerza, para que presenciáramos el escarmiento. Con el torso desnudo, descalzo y apenas cubierto con un calzón, el manco fue llevado hasta el centro de la plaza y encadenado al poste de las torturas, que había sido rodeado de haces de leña. El verdugo recibió la orden y

encendió la enorme hoguera. Las llamas y el humo entorpecían la visión, de pronto, un terrible alarido paralizó a los presentes y los negros vimos una mariposa que escapaba de las lenguas de fuego y, a modo de burla, se posaba sobre el sombrero del gobernador. Mientras los entendidos reíamos, los blancos –sin comprender los poderes del vudú- quedaron convencidos de que los restos calcinados confirmaban que Mackandal había muerto en la hoguera. Pero los esclavos ya sabíamos que él se había liberado de su cuerpo para convertirse en guerrero espiritual y guiarnos a la rebelión definitiva.

–Bueno Aimé, ésta es la historia del héroe de la primer insurrección –dijo Fortuné, y agregó –ya es demasiado tarde, vamos a acostarnos que mañana tenemos que trabajar.

Mucho después de que cantaran los gallos, el *capitán* irrumpió en la barraca de los hombres, y con su vozarrón dio la orden de levantarse. Cuando Aimé salió al exterior, y vio el sol ya en lo alto del cielo, descubrió que en el *palenque* se comenzaba a trabajar más tarde que en la plantación. Saludó a Fleurette, quien, de unos canastos repletos de frutas, le entregó plátanos y mangos para el mediodía, luego el joven recogió un machete y se dirigió a cumplir su jornada. La tarea asignada no era sencilla, tenía que desmontar una parcela de tierra para convertirla en cultivable. Si bien había pasado años macheteando caña, la vegetación del monte era muy tupida y escondía traicioneros arbustos de púas afiladas. En las primeras horas de la tarde el calor era tan sofocante que decidió hacer algo impensable en el régimen inhumano del ingenio: fue hasta el río y se dio un chapuzón. Para su sorpresa, comprobó que no era el único que estaba refrescándose. Al ver a ese puñado de negros divirtiéndose en el agua, se sintió libre.

Palenque

*"Se había hecho rey de un palenque
de negros huidos al monte"*

Alejo Carpentier; "LOS PASOS PERDIDOS"



Después de haber dedicado varias semanas a las tareas de labranza, Aimé fue convocado para participar del saqueo a una hacienda. Sólo las mujeres y los ancianos permanecieron protegidos en el palenque. Como Fleurette estaba preocupada por la suerte de su joven amigo, Fortuné intentó tranquilizarla con uno de sus refranes: -Moun ki pran ko, konn paré kou (El que ha recibido palos, sabe evitarlos). Tras despedirse de ambos, Aimé se sumó a la caravana y comprobó los insuficientes pertrechos: sólo Oke y su lugarteniente tenían armas de fuego, el resto, apenas contaba con machetes, hachas o filosas lanzas de caña.

-Los dueños de esta plantación están de viaje –informó el capitán, y agregó: -Un capataz blanco quedó a cargo. Los demás son todos negros como nosotros y nunca nos enfrentarían para proteger los bienes de su amo.

En principio todo sucedió como estaba previsto: amparados por la noche sin luna, los *cimarrones* ingresaron sigilosamente y fueron recolectando herramientas y alimentos. Pero cuando encontraron un barril de aguardiente, algunos comenzaron a beber sin control, hasta que -fuera de sí- se trenzaron en riña entre ellos. El griterío despertó al capataz, quien comenzó a hacer fuego. La oscuridad reinante posibilitó la rápida fuga de los negros, pero uno cayó alcanzado por los disparos y fue capturado. Al rato llegaron las milicias y comenzaron a torturarlo para que los guiara hasta el refugio de sus compañeros. Cuando estos regresaron con el botín al *palenque*, aquellos ya habían iniciado su persecución.

Al día siguiente, los guardias del asentamiento cimarrón hicieron tronar sus tambores en señal de alarma: un grupo armado se estaba acercando. Eran los soldados que al internarse en el último tramo de la estrecha garganta comenzaban a sufrir los rigores de las estacas y púas semienterradas. Al mismo tiempo, desde el cerro les arrojaban enormes piedras. Las heridas fueron de tal magnitud que el comandante de la tropa ordenó la retirada. Convencido de la imposibilidad de avanzar por ese acceso tan bien protegido ordenó que algunos fusileros treparan por las laderas hasta poder hacer fuego sobre el puñado de defensores. La neblina del crepúsculo ya comenzaba a caer cuando un feroz tiroteo, seguido por un angustiante silencio, confirmó que la primera línea de defensa había sido vencida. Por su parte, el capitán Oke ya había indicado a su gente que se internaran en la cueva con todas las pertenencias que pudieran cargar. Sólo él y su lugarteniente, armados con fusiles, permanecieron atrincherados en el acceso a las cavernas para demorar el avance enemigo y evitar ser ahorcados.

Luego de revisar el caserío y las barracas malolientes sin encontrar a ninguno de los negros, los soldados descubrieron la cueva, pero cuando se acercaron, varios cayeron alcanzados por las balas de los dos *cimarrones*. Tras un tiroteo inútil el comandante ordenó encender una gran hoguera en la entrada, con la esperanza de que el humo hiciera salir a los fugitivos. El tiempo transcurrió, el fuego se fue consumiendo, pero ninguno abandonó su refugio. La penumbra del anochecer desaconsejaba continuar el ataque. El comandante, con impiedad militar, tomó la drástica decisión de dinamitar el acceso a la cueva para generar un derrumbe que enterrase a los rebeldes. Cuando la explosión estremeció la tierra, Fleurette, Fortuné, Aimé y el resto de los sobrevivientes ya habían salido del laberinto de cavernas y se encontraban del otro lado de la montaña. Atónitos, miraban una tierra yerma y árida. Un verdadero páramo sin el menor vestigio de agua.

Agua

"La resignación es traidora, es casi tan parecida al desaliento. Te parte los brazos; uno espera los milagros, sin hacer nada. Uno pide por la lluvia, uno pide por la cosecha, uno reza las oraciones de los santos y de los loas, pero la Providencia, déjame decirte, es el propio deseo del hombre de no aceptar la desgracia".

Jacques Roumain; "GOBERNADORES DEL ROCÍO"



De un vistazo, el capitán Oke comprobó que había perdido cinco hombres, pero no había tiempo para lamentos. Ahora debían enfrentar otros peligros.

–Eske nou dlo? (¿Tenemos agua?) –resonó su vozarrón.

–Piti piti (Poca) –balbuceó Aimé, temeroso por la reacción del jefe.

–E manje? (¿Y comida?)

–Sólo frijoles –susurró Fleurette.

–¡Mèrd! –gritó el líder, quebrando el milenario silencio del lugar. Tras lo cual ordenó:

–¡Nadie toca el agua ni la comida sin mi permiso! –y con el mismo tono explicó que el derrumbe de la cueva les impedía retroceder y no tenían otra opción que cruzar el desierto en busca de un nuevo refugio. Finalmente, agregó:

–Ahora descansen, porque mañana necesitarán de todas sus energías.

La luz del sol ya lastimaba sus ojos, cuando los *cimarrones*, cargados como mulas, abandonaron la fresca protección de las cavernas. Enfrentaron una desolada sabana, sin sombra ni vegetación. Caminaron por el cauce erosionado de un río reseco y sin orillas, con la esperanza de encontrar agua estancada en algún desnivel del inhóspito suelo. Todo era polvo, arena y rocas quebradas. Una quietud mineral sólo alterada por el viento áspero y arremolinado que arrastraba arena. Un viento caliente que marchitaba los yuyos en cuanto nacían. Un viento incansable que arañaba los rostros como si tuviera uñas, que lastimaba como si tuviera dientes. De tanto en tanto, aparecían restos de raíces secas que, a falta de leña, eran recogidos por los resignados caminantes. Desde un cielo cruelmente límpido, como una lengua de fuego, el sol atormentaba a esos seres agobiados por la sed y la fatiga. Las horas pasaban sin tregua. Fortuné avanzaba pesadamente, envidiando la suerte de las lagartijas que podían disfrutar la pequeña sombra de las rocas. Nadie hablaba, las palabras se secaban en sus bocas. El graznido de los cuervos ya presagiaba lo peor cuando el capitán Oke descubrió un cañadón que comenzaba a proporcionar un poco de sombra. Dispuso un descanso y autorizó a beber. Luego, ordenó que Aimé y otros jóvenes avanzaran hasta una elevación cubierta de cactus para recolectar aquellos que aún permanecieran hinchados por la humedad de alguna lluvia ocasional. Por su parte, Fleurette, con sus ojos enrojecidos, divisó un reflejo en el devastado lecho del río y al acercarse encontró un charco: era agua verdosa y malsana. A pesar de ello, la muchacha refrescó su piel, quitándose el polvo pegado al sudor. De inmediato, los otros la imitaron en busca de una sensación de alivio. Cuando el viejo Fortuné logró acercarse sólo encontró un manchón de barro, pero igual enterró sus pies en ese lodo maloliente y, moviendo lentamente dedo por dedo, imaginó el efecto placentero del agua fresca desinflamando la piel calcinada. Pronto los jóvenes regresaron con una abundante cosecha de tunas y jugosos trozos de cactus que sus compañeros consumieron con avidez. Observando detenidamente a su gente, el *capitán* comprendió que aún no se habían repuesto y dispuso prolongar el descanso hasta el crepúsculo, para retomar la marcha bajo la sombra protectora de las altas montañas del oeste. Las mujeres aprovecharon para encender un fuego con raíces y calentaron unos frijoles para compartir entre todos. Luego, Fortuné se arrimó a las brasas con unas bolas de barro, las aplastó en forma de tortilla y las puso a cocinar sobre las cenizas calientes para obtener un alimento que ayudase a engañar el estómago.

Mientras los cuervos continuaban su lúgubre revoloteo sobre las cabezas de los esclavos, en el horizonte, empujadas por el viento que las alejaba del desierto, unas nubes negras se deshacían sobre las primeras líneas de cerros.

–La pli ap tonbe la! (¡Allá está lloviendo!) –exclamó Fleurette.

–Eske gen dlo? (¿Encontraremos agua?) –preguntó Aimé.

–Petèt (Tal vez) –respondió el jefe– es un asunto de vida o muerte, pero con tanto peso en nuestras espaldas muy pocos llegaremos. Por eso vamos a dejar aquí la mayor parte de la carga, principalmente herramientas y todo lo que no sea imprescindible. Como caminaremos más rápido, siempre que lo hagamos durante toda la noche, al amanecer podremos encontrar agua y sombra.

Un trueno lejano se filtró entre el canto de los grillos y estimuló al *capitán* para reiniciar la marcha. Estaba oscureciendo pero el calor del sol continuaba retenido en la arena del desierto. Como autómatas, los jóvenes se repartieron la alivianada carga mientras que ancianos y mujeres, ya sin bultos, encabezaban la fila. De tanto en tanto, un relámpago mortecino les mostraba el camino. Ya era noche cerrada cuando el jefe permitió un descanso para beber el resto del agua. Además, conciente de que sus destinos estaban en manos de los *Dioses de Guinea*, decidió convocar al espíritu protector de *Ayza*. En medio de aquel páramo, sin *houngan* ni *mambo*, sin animales para ofrendar ni tambores para celebrar una ceremonia de homenaje a los *Loas*, decidió regar la tierra con un poco de su propia sangre. Todavía el *capitán* no se había recuperado del trance cuando un nubarrón, desprendido de la lejana tormenta, dejó caer unos gotones tibios sobre las pieles laceradas de ese puñado de africanos quienes comenzaron a gritar: –*Mési Ayza!* (¡Gracias Aysa!). Esa euforia duró a pesar de que las gotas se evaporaban apenas tocaban el suelo recalentado, porque lo verdaderamente importante era que los dioses les habían enviado una señal de esperanza.

Continuaron caminando durante varias horas hasta que, antes del amanecer, otro chaparrón –ahora más intenso– los refrescó y les permitió beber el agua que lograban retener en la concavidad de sus manos. Cuando el sol –aún detrás de los cerros del oriente– comenzaba a colorear el cielo, Fleurette descubrió el reflejo de una cascada desbarrancándose en el cañadón. Si bien aún estaba lejos, esa visión los estimuló para acelerar la marcha. Pero Fortuné creía que sólo se trataba de otro espejismo y –ya sin fuerzas– dejó que su cuerpo exánime cayera abandonado a la muerte. Entonces, superando su propio agotamiento, Aimé –ayudado por Fleurette– cargó en brazos a su amigo e intentaron alcanzar la caravana.

Viendo que la tormenta se alejaba, el joven exclamó: –*Pli de mèrd!* (¡Maldita lluvia!). Cae donde no se necesita.

–La naturaleza es caprichosa –acotó Fleurette.

–Es cruel e injusta, como los blancos –insistió él.

–No digas eso, la naturaleza tendrá sus razones.

Aimé iba a responder cuando Fortuné lo interrumpió con un gemido. Detuvieron la marcha y mientras Fleurette secaba la afiebrada frente del anciano, el joven buscó en vano las siluetas del grupo que seguía avanzando.

–Los perdimos de vista- comentó con desaliento.

–*Pa gen pwoblem* (No importa). *Béf san ké bon dyé pusé much pu li* (Al buey que no tiene cola el buen Dios le espanta las moscas) –respondió la muchacha.

–¿Es un refrán de Fortuné?

–No. Lo saqué de un libro.

–¿Sabes leer? –preguntó sorprendido.

–Sí. Aprendí a escondidas. Cuando era chica yo le enseñaba a cocinar a la hija del amo y, a cambio, ella que era muy rara, me explicaba la magia de las palabras escritas.

–No tuve la misma suerte –se lamentó Aimé.

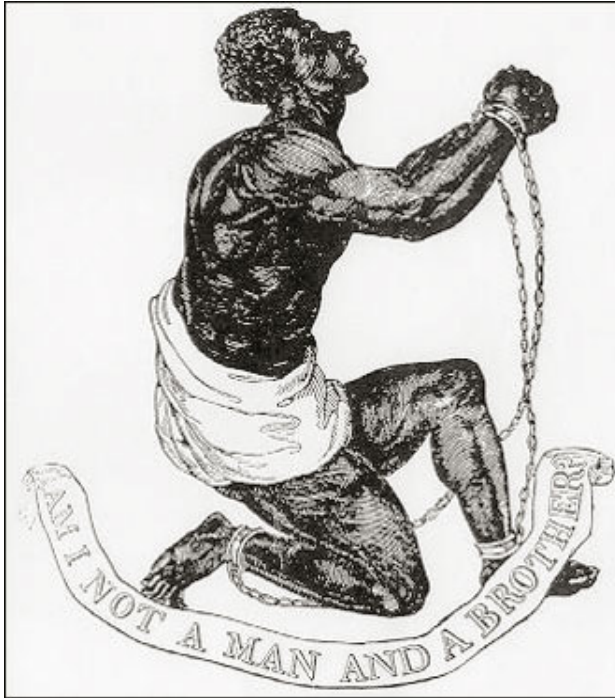
–Yo te enseñaré.

Finalmente, cuando amaneció, encontraron a sus compañeros. Estaban disfrutando del agua que surgía de una garganta en lo alto de un cerro descarnado y caía con ruido sordo, rebotando de piedra en piedra hasta regar una tierra estéril y sedienta, que alguna vez había albergado vida.

Cautivos

*“Los dioses más fuertes son los de África. Yo digo que volaban.
Y hacían lo que les daba la gana con las hechicerías.
No sé como permitieron la esclavitud.”*

Miguel Barnet , “BIOGRAFÍA DE UN CIMARRÓN”.



El repiqueteo de la cascada sobre las rocas impidió que Aimé y los suyos escuchasen la aproximación del grupo fuertemente armado que había comenzado a rodearlos. Cuando intentaron reaccionar ya era tarde. No podían defenderse ni escapar. A punta de fusil, con enérgicos gritos en *Creole*, los desconocidos les ataron las manos a la espalda y los hicieron caminar en fila, siguiendo el pequeño curso de agua que se despeñaba hacia lo profundo del cañadón. En vano el capitán Oke intentó que los captores, de su mismo origen, le dijeran quiénes eran y a dónde los llevaban. Lo único cierto era que los *cimarrones* acababan de perder su libertad.

Si los mantenían con vida debía ser para venderlos como esclavos, retornándolos a esa humillante vida sin sentido, con castigos corporales, trabajos extenuantes y mísera alimentación.

Como los desconocidos miraban a las mujeres con avidez, Aimé trató de no separarse de Fleurette. A medida que descendían, con esfuerzo y riesgo por el desprendimiento de piedras, el curso de agua iba ensanchándose con el aporte de otros pequeños afluentes y los manchones de hierbas y malezas comenzaban a ser frecuentes. Más adelante, los arbustos espinosos fueron siendo reemplazados por algunos árboles de hojas tiernas. El aire sofocante cedió frente a una agradable brisa fresca y comenzó a escucharse el trino de los tocororos, el arrullo de las palomas y el zumbido de los zunzunes. Extenuado, Fortuné pidió agua y un momento de descanso a la sombra.

–Ale! Nou ap pré (¡Vamos! Estamos cerca) –ordenó uno de los captores.

–Pré pa rivé (Cerca no es llegamos) –ironizó el viejo, logrando que le dieran de beber y que desataran las manos de Aimé para que pudiera cargarlo en sus brazos. La exuberante vegetación, ahora perfumada por mangos, aguacates y guayabas, se extendía hasta llegar a la orilla de un río. Apenas ingresaron a ese impensado oasis, aparecieron otros hombres armados y uno de ellos ordenó:

–Esperen a Bouckman.

Blandiendo un filoso machete, apareció un negro gigante, de mirada temible y enormes manos. Se dirigió hacia el capitán Oke y lo increpó:

–¿Así que mataste franceses? –y, ante el silencio del prisionero, agregó: –Hay una buena recompensa por tu cabeza.

–He visto otros traidores pero tú eres el primer negro busca-recompensas que conozco.

Sorprendido por la altiva respuesta, Bouckman soltó una grotesca carcajada.

–¿Yo cazador de fugitivos? ¿Yo sirviendo a los blancos? –y, mientras continuaba riendo, de un machetazo cortó las ataduras del capitán.

–Ahora escucha bien –dijo Bouckman poniéndose serio: –Estoy reclutando y entrenando africanos para vengarnos de los blancos y echarlos de esta isla. Tú y los tuyos tienen dos opciones: o se unen a nosotros o yo mismo los degüello, aquí y ahora.

–Cuenta con nosotros –fue la respuesta obvia.

–De acuerdo, ahora desata a tu gente y acércate al campamento para comer y beber. Luego podrán descansar hasta que alguno de mis hombres les traiga instrucciones. Otra cosa más, aquí no hay comandantes ni capitanes, así que de ahora en más todos te llamarán por tu nombre. ¿Cuál es?

–Jean Oke.

–Te llamaremos Oke.

Llovía torrencialmente. Los amigos ya habían repuesto energías y, mientras el agua fresca chorreaba desde sus cabezas, Aimé acompañó a Fortuné hasta la choza de paja donde pasarían la noche. Cuando llegaron, una mariposa nocturna revoloteaba bajo el precario techo.

–Los *dioses de Guinea* son generosos conmigo –susurró el anciano: –Hace muchos años participé de la rebelión de Mackandal y ahora estoy presenciando la que organiza Boukman. ¡Ojalá sea la definitiva!

Bouckman

"El CREADOR y el AMO de cielos, tierra y mar ha contemplado cuánto sufrimiento nos ha deparado el hombre blanco; es ÉL quien ordena la venganza contra los verdugos; es ÉL quien dirige nuestros brazos y nos llevará a la victoria".

Boukman, "Proclama, agosto de 1791"



Courtesy of The Library Company of Philadelphia

Pocos días después de llegar al campamento de *Bois Caimán*, Fortuné tuvo oportunidad de hablar con Bouckman, quien había manifestado interés en conocer de primera mano la epopeya de Mackandal. El anciano hizo su mejor esfuerzo para no omitir detalles y luego, como compensación por su largo relato, le preguntó.

—¿Y cuál es tu historia?

—Nací en Jamaica y fui esclavo como mis padres —comenzó diciendo el líder, cuyo rostro parecía una grotesca talla cincelada en ébano. Y agregó: —Hace unos años mi amo británico me vendió a un francés que me trajo a *Saint-Domingue*. Al poco tiempo me escapé, porque en el barco me había enterado de que en Francia una revolución declaró que todos los hombres han nacido libres e iguales.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Fortuné.

—Hace dos años, en 1789.

—Pero nuestros amos nunca nos contaron nada.

—Es que los malditos terratenientes franceses no respetan las leyes de su país. Por eso nos hemos sublevado para echarlos de esta isla por la fuerza.

A medida que pasaban las semanas, innumerables esclavos fueron escapando de sus haciendas para incorporarse al campamento cimarrón y aprender el manejo de las armas. Pero la mayoría tenía miedo y, si bien estaban de acuerdo con la causa del jamaquino, esperaban ver los primeros éxitos de la rebelión para sumarse a ella.

Una tormentosa noche de agosto miles de negros, pertenecientes a las plantaciones del norte del *Saint-Domingue*, se congregaron en *Plaine du Nord*. Fue entonces cuando Bouckman, devenido en *houngan*, inició la crucial ceremonia vudú en la que, al son del ritmo hipnótico de tres tambores batá, ofrendó a los *Loas* un cerdo negro, bebió de su sangre, la compartió con su gente y con el resto regó la tierra, en forma de círculo. Por último, con un tono casi sobrenatural, proclamó: —“*Los dioses nos ordenan vengar nuestros males. Ogun, espíritu de la guerra, dirigirá nuestros brazos y nos ayudará a eliminar a los blancos*”.

Entonces, sorprendiendo hasta al propio Aimé, Fortuné reaccionó gritando a voz de cuello: —“*Eh! Eh! Bomba! Heu! Heu!*”, y miles de voces, provenientes de diversas e insondables regiones de África, pero unidas por la tradición, la cultura y la religión, lo acompañaron en ese juramento con un rugido estremecedor:

— “*Eh! Eh! Bomba! Heu! Heu!*

Canga, bafo té!

Canga, mouné de lé!

Canga, do ki la!

Canga, li!

- “*Juramos destruir a los blancos*

Y a sus posesiones

Mejor morir que faltar

a este juramento.

Enfervorizados por la invocación religiosa y la proclama antiesclavista, los rebeldes se dispersaron en busca de armas. Esa misma noche, provistos de cuchillos, machetes y algunas pocas pistolas y fusiles, iniciaron una sucesión de ataques, incendios y matanzas de blancos. Aimé y Fortuné participaron del asalto a la opulenta *Gallifet*, en la Llanura del Norte, irrumpieron en las casas de los franceses y —mientras sus compañeros degollaban a los europeos— ellos dos liberaron a los esclavos de esa plantación, logrando que se sumaran a sus huestes y, dando rienda suelta a dos siglos de odio acumulado, juntos saquearon la propiedad. Los negros encendieron fuego y las llamas se expandieron rápidamente, de edificio en edificio y de sembrado en sembrado. Al grito de “*¡Venganza!*” los rebeldes arrasaron luego las plantaciones de *Le Normand*, *Acul*, *Limbé* y *Flaville*, y continuaron salpicando con violaciones y crímenes inconfesables

su marcha hacia la libertad. La explosión de un polvorín militar, dinamitado por Oke y sus cimarrones, tiñó el cielo de un rojinegro intenso y aterrorizó a los colonos sobrevivientes, quienes sólo atinaron a huir, con la esperanza de encontrar protección en las fortificaciones de *Cap Français*. Fue entonces que Bouckman decidió dividir sus fuerzas: mientras él comandaba el ataque contra la ciudad portuaria, otra columna, a cargo del caudillo Toussaint, continuaría el devastador avance hacia la planicie del norte. Aimé fue asignado a este segundo grupo, pero Fortuné permanecería con Bouckman. Sin tiempo para despedidas, privados del fraternal abrazo -tal vez postrero-, Aimé y Fortuné intercambiaron en una mirada lo que no podían expresar en palabras.

Si bien los atacantes superaban en número a los defensores, la ciudad estaba amurallada, contaba con fuerzas militares muy bien entrenadas y con armas suficientes como para repartir entre los civiles. Además, el puerto les permitía recibir refuerzos por vía marítima. Esta situación permitió rechazar a los negros, obligándolos a conformarse con sitiar la ciudad. Cierta noche, aprovechando la desorganización de los insurrectos, un grupo militar francés logró infiltrarse entre sus filas, capturar a Bouckman y regresar a la fortaleza. Al tomar conocimiento de la situación sus hombres atacaron con heroísmo pero, carentes de organización y liderazgo, fueron obligados a retroceder. Aprovechando el desbande, los europeos contraatacaron y consumaron la masacre de miles de esclavos. Oke murió y Fortuné cayó gravemente herido. El anciano yacía boca abajo, rígido. Su rostro parecía una máscara inexpresiva y oscura. Sus labios apenas se movían como susurrando un gemido, una queja o una invocación: -Papá Legba, mi sangre ya riega la tierra. La vida y la muerte forman una cruz y Tú eres el Señor de esa Encrucijada. Mi destino está en tus manos. Por favor, llévame de regreso a los añorados paisajes de mi Guinea natal.

Cuando el viejo compañero de Mackandal cesó de respirar, una *mariposa nocturna* sobrevoló su cadáver.

Bouckman fue ejecutado y su gigantesca cabeza quedó exhibida en la plaza pública para que se pudriera a la vista de todos y sirviera de escarmiento para aquellos que pudieran simpatizar con los rebeldes. Pero eso no pareció suficiente y, como ya no les merecían confianza, los franceses decidieron eliminar a todos los esclavos de *Cap Français*, sin distinción de belicosidad, sexo o edad, iniciando una inmensa matanza. A partir de entonces, los negros ya no lucharían sólo por su libertad sino también por sus vidas, de modo que la rebelión no se extinguiría a pesar de la muerte de Bouckman.

Toussaint

“Le habían dejado un levantamiento popular y con el hizo una revolución; y de una población hizo un pueblo; de una colonia un Estado y más aún, una nación...”

Aimé Césaire: *“Toussaint L’Ouverture, la Révolution française et le problème colonial”*. Présence Africaine, Paris 2004

“TOUSSAINT-L’OUVERTURE, era el más moderado de los generales negros”.

Napoleón Bonaparte: *“Juicios sobre sus contemporáneos”*

*“Una flor crece donde estuvo preso y murió Toussaint-L’Ouverture
por la abertura de esa muerte una flor
crece en el castillo de Joux donde estuvo preso
y murió el haitiano más negro que se conoce
el más joven el más adelante que se conoce
negro Toussaint el general libertario”.*

Juan Gelman: *“Hechos y Relaciones”* (1980)



Sin saber que su amigo Fortuné había muerto en el frustrado ataque a *Cap François*, Aimé avanzaba hacia el Norte bajo las órdenes de Toussaint –apodado “*L’Ouverture*”, el iniciador. Este jefe militar asumió la difícil responsabilidad de reagrupar a miles de esclavos desmoralizados por la muerte de Bouckman y transformarlos en una fuerza armada disciplinada. A medida que llegaban a los campamentos rebeldes, Aimé se enfrentaba al mismo panorama desolador: guerreros descalzos y mal armados, más predispuestos a rendirse que a seguir combatiendo. Sólo el temor a la terrible venganza de los blancos evitaba una desertión masiva. Fue necesario el extraordinario carisma del nuevo líder para continuar con la lucha antiesclavista. Conciente de las limitaciones de sus tropas, Toussaint evitaba los enfrentamientos frontales contra el ejército colonial, prefería esperar escondido y emboscar pequeñas partidas enemigas. Con esta táctica obtenía rápidas victorias que estimulaban a sus hombres y atraía nuevos combatientes a sus filas. Otra cara inédita en esa guerra fue su decisión de sólo matar a los blancos armados, que les hacían frente, pero perdonar a los que se rendían. Esta política le permitió ganar muchos combates casi sin sufrir bajas. Además, Toussaint convivía con sus hombres y los lideraba personalmente en las batallas. Aimé lo admiraba y le tenía completa confianza.

Así como Bouckman había sido un guía místico, Toussaint-L’Ouverture fue un gran estratega militar y un hábil negociador. Era un negro que habiendo nacido esclavo se transformó en un autodidacta que llegó a desempeñarse como capataz. Leía los Evangelios y asistía con devoción a misa, al punto que sus detractores lo consideraban un *chupacirios*.

Un sacerdote amigo le había permitido leer un libro del abate Raynal que marcó profundamente al futuro líder, con conceptos como: “*La libertad natural es el derecho que ha otorgado la naturaleza a cada uno de nosotros para disponer conforme a nuestra voluntad*”. Y más aún con la profecía: “*algún día los esclavos negros encontrarán en uno de los suyos al jefe que los conducirá a la libertad*”, “*sólo es necesario un jefe valiente*”.

El pragmatismo que inducía a Toussaint a interesarse tanto por el cristianismo como por el *vudú*, iba acompañado por su capacidad para convivir con blancos, mulatos y negros. Por eso, al momento de elegir asistentes designó a uno negro –Aimé-, uno mulato –Pierre Dol- y uno blanco –Raymond Jeune. Los dos últimos eran jóvenes instruidos: el mulato era hijo de una negra y de su amo blanco, quien la recompensó con la libertad; el asistente blanco era un criollo, hijo de una pareja de artesanos franceses.

La diaria convivencia de los tres jóvenes asistentes posibilitó el desarrollo de un compañerismo no exento de suspicacias. Cierta día, Aimé estaba hojeando uno de los libros de Raymond y éste le hizo un comentario de mal gusto:

-¡Qué miras si no sabes leer!

-Ki méle pis grangou chyn! (¡Qué le importa a la pulga el hambre del perro!) -fue la visceral respuesta del negro.

-No entiendo Creole, ¿qué has dicho? –preguntó Raymond.

-Que ustedes los blancos no nos dejan ir a la escuela –tradujo.

-A los mulatos tampoco nos permiten entrar, pero yo aprendí por mi cuenta, con los libros que me traía mi madre –intervino Pierre.

-En la plantación, los esclavos nos peleábamos por una ración de congris, si alguien hubiese tirado un libro en la olla nos lo hubiéramos comido -replicó Aimé.

La discusión estaba subiendo de tono cuando Toussaint irrumpió enfáticamente y les hizo una demostración. Con vino tinto llenó media copa, luego le agregó agua y la revolvió con una cuchara hasta que se mezclaran completamente. Por último, mostrando el resultado preguntó: “-¿Cómo podrías distinguir quién es quién? En esta isla debemos vivir todos juntos y en armonía.”

Aimé veía a su jefe como un modelo a seguir, un ejemplo de superación personal: un niño frágil y enfermizo que había crecido hasta liderar indóciles guerreros; un adolescente analfabeto que en su adultez podía leer tanto en *Creole* como en Francés y conocía bastante de Español; un lúcido lector que estudiaba las batallas de Julio Cesar y los textos políticos de Voltaire y Rousseau; pero por sobre todas las cosas un ser humano generoso que compartía sus conocimientos y experiencias con sus discípulos.

-¿Qué vas a hacer con tu libertad, si sigues siendo analfabeto? –solía repetirle el jefe. Tras escuchar repetidamente esa prédica, y luego de practicar silabeando las primeras letras que le había enseñado Fleurette, Aimé se acercó a la magia de los signos dibujados sobre el papel. Comenzó a deletrear obsesivamente hasta que, con la ayuda de Pierre y Raymond, aprendió a leer y entender las notas en las que Toussaint iba documentando la lucha libertadora. Fue a través de esas lecturas que el ex esclavo se enteró de lo que pasaba en Europa: la Revolución francesa, la Declaración de los derechos del hombre, la caída de la monarquía, la proclamación de la República y el continuo enfrentamiento de Francia contra España. Pero esas lecturas no eran suficientes para que Aimé le encontrara sentido a las pendulares tratativas de su jefe, con uno y otro bando. Ante la duda, un día se atrevió a preguntarle:

-¿Con quién estamos, con España, con Inglaterra o con Francia?

-¡Con ninguno! –exclamó tajante Toussaint.-¡Jamás con esos malditos británicos traficantes de esclavos! -agregó, mientras descargaba un puñetazo sobre la mesa.

-Tampoco con España ni con los monárquicos franceses. Son todos rapaces insaciables que pelean por las riquezas de esta isla, mientras que nosotros luchamos por la libertad y la igualdad. Y continuó: -Debemos ser como una cuña y sacar ventaja de su enfrentamiento. Los españoles ofrecieron abolir nuestra esclavitud a cambio de que nos sometamos a su rey, pero yo le exigí lo mismo a la República Francesa.

-¿Y qué respondieron?

-Nada todavía, pero aceptarán.

En Francia, cuando Robespierre le arrebató el poder a Danton, los republicanos aún no habían logrado consenso sobre una dramática disyuntiva: sus ideales de *libertad, igualdad y fraternidad* implicaban que la esclavitud debía ser condenada, pero sin esa mano de obra esclava se cortaría el imprescindible flujo de productos desde las colonias a la metrópoli. No obstante, ante la posibilidad de que Saint-Domingue cayera en manos de España, el comisionado Santhonax, jacobino, negoció la libertad de los esclavos sublevados a cambio de su apoyo militar para rechazar a los españoles. Así fue que en 1793, sin esperar la ratificación por la Convención Nacional, Santhonax decretó la abolición de la esclavitud en esa isla. Pero, luego de tanta sangre demarrada, esta trascendental decisión política estaba lejos de transformarse en una realidad para todos. Los terratenientes franceses prefirieron entregar las principales ciudades del Oeste a Gran Bretaña con la promesa de que se les reconocieran sus antiguos privilegios. La abolición de la esclavitud dividió también a los mulatos porque muchos libertos eran pequeños propietarios e hicieron causa común con los hacendados blancos, apoyando la invasión inglesa. Como contrapartida, Toussaint logró que sus combatientes se mantuvieran leales a la República Francesa y enfrentaran al

experimentado ejército británico, que a fines de ese mismo año desembarcó en la parte española de la isla y, con apoyo hispánico, avanzó hacia Saint-Domingue. Ante una guerra de tal magnitud, los republicanos franceses reforzaron los lazos con Toussaint-L'Ouverture nombrándolo general de las tropas coloniales, primero, y comandante, después.

Ya en sus nuevas funciones, Toussaint utilizó a Aimé para enviar mensajes a otros dos jefes negros, Dessalines y Christophe, mientras que Pierre Dol hacía lo propio con los líderes mulatos, Rigaud y Pétion, proponiéndoles un acuerdo para que sumaran sus milicias al ejército ya organizado. A mediados de 1798, las tropas conjuntas de negros y mulatos logran vencer a los invasores británicos y a sus aliados: españoles y realistas franceses. Enarbolando una bandera negra con la *mariposa libertaria*, símbolo de Mackandal, Aimé agradeció a los *Loas* por haberlos conducido nuevamente a la victoria.

La progresiva consolidación del liderazgo, primero militar y luego político, de Toussaint-L'Ouverture se concretó dos años después, al ser nombrado gobernador de Saint-Domingue, cargo que le permitió poner en práctica una autonomía "*de facto*" respecto a la República Francesa. Consciente de la importancia de acumular poder, conquista la región dominada por España y unifica la isla bajo su autoridad.

Un año después, la constitución local, aprobada sin consultar a la metrópoli, no sólo lo ratifica en el cargo sino que lo consagra Gobernador vitalicio, con plenos poderes a perpetuidad. Con este respaldo constitucional Toussaint profundiza el autogobierno de la colonia, pero aún bajo la soberanía nominal de Francia. Entre las medidas tendientes a no romper definitivamente con la metrópoli se incluyó el reconocimiento del catolicismo como religión oficial de la isla. Además, sabiendo que podían ganar todas las batallas pero morir de hambre por falta de alimentos, proclamó: "*Si no sembramos, la esclavitud volverá*". En este sentido, designó a personas de su confianza para que recorrieran las zonas cultivables e informaran el estado en que se encontraban los campos. Aimé fue uno de los elegidos. A pesar de que habían pasado diez años sin verse, el joven no había perdido la esperanza de reencontrar a Fleurette. Por eso decidió encaminarse directamente al valle donde la había visto por última vez: el primitivo campamento de Boukman, del cual partieron las milicias cimarronas para iniciar su lucha por la libertad. La distancia que debía recorrer era tal que Aimé caminó durante varias noches, desde el crepúsculo hasta el amanecer, descansando bajo alguna esquivia sombra sólo durante las horas en que el sol más castigaba esa tierra yerma. Las únicas referencias válidas para guiar su marcha eran las montañas y los cursos de agua, ya que el antiguo bosque tropical había sido consumido por el fuego propagado desde las plantaciones incendiadas. Al llegar a la desembocadura de un arroyo en el recodo de un caudaloso río, Aimé encontró el lugar que buscaba. Pero el panorama era desolador: ébanos añosos, ondulantes palmeras y perfumados frutales ahora eran patéticos troncos mutilados por las llamas. Los zumos calcinados exhalaban un pestilente hedor agridulce. El silencio ahogaba el trino de los pájaros. Tampoco había rastros de animales y las parcelas antes sembradas estaban cubiertas por un mar de cenizas. El lugar estaba deshabitado y los tupidos zarzales ocultaban las ruinas de las chozas de paja. Agobiado por una tristeza sin fin, Aimé comprendió que su esfuerzo por encontrar a Fleurette había sido en vano. Bajo la melancólica luz del atardecer, el joven sintió que su ilusión se le escapaba como el sol tras las montañas.

Al despertar, Aimé recordó que era un soldado con una misión que cumplir. -Lanmou sé plézi, lo-né sé devoua (El amor es placer, el honor es placer) -musitó. Se refrescó en el río, recargó su cantimplora y retomó la obligada marcha. Mientras el sol laceraba su

piel, atravesó un extenso páramo erosionado por el viento. Continuó sin detenerse hasta alcanzar la sombra de un cañadón, donde se recostó sobre la tierra reseca esperando la noche. Iluminado por la luna, caminó hacia el Norte, hasta otro valle surcado por un afluente del río La Vallée, cuya fecundidad aún recordaba. El aire fresco y húmedo que llegaba del mar le hizo abrigar esperanzas, pero con las luces del amanecer descubrió que esa fértil llanura había sido invadida por una maraña de guacayanes, yucas, chirimoyas y malignos mapous que recuperaban el terreno del que habían sido desalojados a machetazos. El mismo panorama lo acompañó en el resto del trayecto.

Ya en el cuartel, comprobó que los demás informes eran tan desalentadores como el suyo. La devastación era casi total. Ante la obligación de recomenzar la producción desde cero, Toussaint obligó a los negros a retomar sus antiguas tareas en las plantaciones, pero trabajando como asalariados, e hizo extensiva esa obligación a los mulatos. Esto último provocó un descontento generalizado entre los antiguos libertos, que la consideraban una esclavitud encubierta. La insurrección se transformó en un nuevo enfrentamiento: mulatos contra negros.

Rigaud

"Toussaint L'Ouverture no detestaba a los mulatos más que Rigaud a los negros. Ambos necesitaban el respaldo unánime de su facción en un conflicto en el que las facciones se confundían con las clases y las clases con los colores."

Sannon, Pauléus H.: Histoire de Toussaint-L'Ouverture (1920-1933)

"Confieso que tanto como deseo la libertad y la independencia del Nuevo Mundo, otro tanto temo la anarquía y el sistema revolucionario. No quiera Dios que estos hermosos países tengan la misma suerte de Saint-Domingue, teatro de sangre y de crímenes, so pretexto de establecer la libertad."

Francisco de Miranda: traducción de **"Carta a los españoles americanos"** de Vizcardo y Guzmán (1799)



André Rigaud

Disconformes con el trabajo obligatorio impuesto por Toussaint, muchos mulatos desertaron de sus tropas. Entre ellos estaba Pierre Dol, quien se despidió de Aimé, con la siguiente nota:

Le Cap, 30 de junio 1799

Amigo Aimé, quiero que sepas que no soy un traidor. Ahora que aprendiste a leer podrás encontrar en esta carta las profundas razones de mi desertión.

El mismo Código Negro que castigaba con la muerte al esclavo negro que se fugara, robara o golpear a un blanco, tenía reglas totalmente diferentes para nosotros, los mulatos libres. En nuestra condición de libertos, el Código nos otorgó los mismos derechos que a los blancos. Pero los perversos colonos franceses no respetaron esa ley y nos mantuvieron en la misma barbarie que a los esclavos negros. En aquellos casos excepcionales en que algunos mulatos lograron que sus amos les concedieran la libertad tampoco pudieron integrarse a la cruel sociedad blanca de Saint-Domingue que los seguía despreciando. Ningún mulato podía utilizar el nombre de su padre blanco. En las iglesias teníamos asientos separados de los blancos. Fuimos obligados a integrar milicias para perseguir a los cimarrones y a cualquier negro que el oficial blanco considerase peligroso, aunque se tratara de nuestro medio hermano. Si nos negábamos nos linchaban. Lo mismo ocurría si nos oponíamos a que un blanco ingresara a nuestra casa y nos humillara abusando de nuestras mujeres.

Cuando la República Francesa declaró los Derechos del Hombre, los mulatos reclamamos su cumplimiento ante la Asamblea isleña, pero los terratenientes, temiendo que los esclavos nos imitaran, lograron la complicidad de las autoridades locales para expulsarnos a las montañas. Entonces, hartos de tanta injusticia, muchos decidimos unirnos a la insurrección de los negros contra el corrupto régimen colonial francés.

Aimé, tú me has visto luchar junto a Toussaint, pero ahora que es el Gobernador de la isla ha olvidado su promesa de distribuir la tierra entre sus hombres. Él quiere confinar a negros y mulatos en las plantaciones para reemplazar a los antiguos esclavos, con la única diferencia de que nos darían una mísera paga.

Pero yo he leído mucho y conozco las riquezas de esta isla. No quiero desperdiciar mi vida macheteando caña, cuando puedo dedicarme a producir café, cacao, tabaco, coco, algodón o índigo. Yo quiero vivir como los blancos y tener un gobierno que respete y defienda mis derechos. Quiero tener tierra para trabajarla, hacer fortuna y algún día poder mandar a mis hijos a estudiar a Francia. Ya nada me une a Toussaint, ahora me sumaré a las tropas de Rigaud que luchan para crear un Estado mulato.

He aquí, amigo Aimé, lo que tenía que decirte. Espero que nunca nos encontremos enfrentados en un campo de batalla.

Pierre Dol

Aimé leyó la carta, muy lentamente, rumiando cada palabra, y se la entregó a Raymond Jeune, preguntándole su opinión.

El joven blanco le dio un vistazo y respondió: -No me extraña.

-¡Pero la mitad de su sangre es negra! –exclamó Aimé.

-No creo que Pierre haya desertado por su sangre o por el color de su piel, en su carta dice claramente que quiere ser dueño de tierras.

-Lajan fé makak dansé!

-No entiendo Creole –dijo Raymond.

-¡Por la plata baila el mono! –tradujo Aimé.

Tras un breve silencio, Aimé preguntó: -¿Tú también estás pensando en desertar?

-¡No!

-¿Y los otros blancos?

-Tampoco. Con ustedes tenemos un enemigo común: la burguesía monárquica que alienta la contrarrevolución para acabar con la República. Ellos no quieren perder en esta isla los privilegios que ya perdieron en Francia.

-¿Cuáles?

- Mantener la esclavitud de los negros y negar a los blancos los derechos de la democracia.

-¿Entonces...?

-Los blancos republicanos seguiremos junto a Toussaint porque siempre ha reconocido su obediencia a la República Francesa y lucha por la libertad y la igualdad de todos: negros, mulatos y blancos.

-¿Y qué pretenden los mulatos?

-Dicen que Rigaud es un líder ambicioso y habría sido incitado por algunos franceses para enfrentar a Toussaint y quitarle parte de su inmenso poder.

La discordia sembrada entre negros y mulatos, abonada por envidias y susceptibilidades, derivó en una lucha fratricida. Rigaud, secundado por Pétion, decidió liberarse de su obediencia a Toussaint y tomó posesión de la región de Jacmel, en el Sur, sobre el Mar Caribe. La guerra civil era inevitable. Toussaint respondió ordenando a su lugarteniente, Dessalines, la eliminación del incipiente Estado mulato y el restablecimiento del orden en toda la isla. Jacmel, atacada por tierra y por mar, resistió durante cinco meses. Al quedarse sin alimentos los mulatos sacrificaron caballos, perros, gatos y ratas. Recién cuando ya no quedaba nada comestible, la hambruna quebró esa famélica guarnición. Poco después, el feroz ejército negro aniquiló los restantes focos de rebelión y cientos de mulatos fueron ejecutados sin compasión, incluso muchos héroes de la guerra contra los británicos. Obligado a integrar los pelotones de fusilamiento, Aimé evitaba observar los rostros de los condenados por temor a encontrarse con la mirada de Pierre Dol.

Finalizada la guerra civil, con Rigaud en el exilio, Toussaint pudo dedicarse a gobernar en paz. Su acción se concentró en la agricultura, la educación y la justicia. Así fue que Implementó el "Reglamento de cultivos", en el que calificaba a la agricultura como "*pieza clave para lograr el desarrollo*". En materia de instrucción pública, creó escuelas a lo largo y a lo ancho de la isla, desde las plantaciones hasta las grandes ciudades. Después de tantos años de insurrección, había llegado el momento de hacer respetar la ley y el orden. Disciplinó a la población con mano dura y organizó tribunales especiales para bandoleros, contrabandistas y funcionarios corruptos. - "*Afé Léta pa janm piti*" ("*Los asuntos del Estado nunca son pequeños*"), argumentaba cada mañana cuando emprendía largas cabalgatas para inspeccionar personalmente el cumplimiento de sus medidas de gobierno. Aimé solía acompañar a su jefe en esos extenuantes recorridos y comprobaba la rapidez con que negros, mulatos y blancos se acostumbraban a vivir en pie de igualdad.

-Esta parece ser la vida civilizada que soñaba Fleurette cuando éramos cimarrones - pensó el ex esclavo. -Lástima que no esté aquí para disfrutarla.

Leclerc

*"En cuanto vean un ejército, los negros depondrán sus armas en bloque.
Se darán por más que satisfechos con que los perdonemos."*

General Victor-Emmanuel Leclerc. (Francia, 1801),



-Al dousman pou pa tonbé (Ve despacio para que no te caigas), hubiera recomendado Fortuné al ver a sus compatriotas disfrutando la libertad como un derecho ganado para siempre. El viejo cimarrón hubiese estado en lo cierto, ya que Francia no se había resignado a perder la isla.

En noviembre de 1799, al asumir como Primer Cónsul de la República, Napoleón Bonaparte dio prioridad a la defensa del territorio nacional, amenazado por las monarquías europeas. Como las arcas del erario público estaban exhaustas, decidió financiar esas guerras utilizando las riquezas de las colonias. Ello implicaba reconstruir el imperio francés en América tomando como punto de partida a Saint-Domingue. Dado que era imprescindible volver a disponer del trabajo gratuito de los negros, Napoleón anuló las leyes que abolían la esclavitud. En su intento de recuperar militarmente el control de esa colonia insumisa, en 1802, Bonaparte envió un cuerpo expedicionario de 80 embarcaciones y más de 50.000 soldados, victoriosos en los campos de batalla de Europa y de Egipto, equipados con el mejor armamento del mundo y al mando del general Leclerc, quien era su cuñado. Motivados por un rencor visceral, los líderes mulatos Rigaud y Pétion también integraban esa expedición. Cuando la flota arribó a la isla, se le sumaron varios contingentes de soldados fogueados en la guerra contra la invasión británica. Entre ellos estaba Raymond Jeune, el criollo republicano, que había abandonado a Toussaint para no enfrentar a las tropas napoleónicas, ya que las consideraba representantes de la República. La información aportada por estos veteranos resultó decisiva para que Leclerc pudiera sorprender a las tropas negras y destruir varios de sus depósitos de armas y explosivos.

Toussaint L'Ouverture tenía que reorganizar su ejército. Bajo el lema "*libertad o muerte*", convenció a miles de trabajadores negros de que era preferible morir antes que volver a padecer la esclavitud. También convocó a los cimarrones de otras colonias del Caribe que estaban refugiados en Saint-Domingue. Aimé, el único de los tres asistentes que continuaba siendo fiel a su líder, fue testigo de una confrontación sin par. Milicias descalzas y de torso desnudo enfrentaban a un ejército europeo ataviado con vistosos uniformes: pantalones y chaquetas de colores llamativos, botas relucientes, cordones y galones dorados, brillantes hebillas, botones y corazas, coronados por llamativos cascos y sombreros. En el primer combate, los cañones europeos causaron estragos entre los negros y el campo de batalla quedó regado de cadáveres mutilados y almas agonizantes que invocaban a los Loas de Guinea. Desprovistas de artillería, las diezmadas huestes caribeñas se replegaron hacia posiciones más seguras, implementando una política de tierra arrasada. Contra su voluntad, Aimé tuvo que participar de la dolorosa tarea de quemar y destruir todo lo que encontraba a su paso, para acobardar a las tropas galas.

Otros hombres de Toussaint cubrían las espaldas de sus compañeros hostilizando a la avanzada enemiga. En la penumbra del bosque, escondidos tras los gruesos troncos de *caoba*, atacaban por sorpresa y luego desaparecían para volver a reagruparse y tender nuevas emboscadas. En casos extremos, incendiaban la vegetación y continuaban su éxodo. En una de esas escaramuzas, Aimé creyó enfrentarse a Raymond Jeune. Dudó, y recibió un balazo. Cuando volvió en sí, un sabor sanguinolento le impregnaba la boca y un agudo dolor en el hombro lo mantenía inmovilizado. Estaba solo. Pensó en Raymond y balbuceó -Voyé ròch, kaché min (Tiró la piedra y esconde la mano). Intentó pararse, pero cayó de bruces. Convencido de la proximidad de su muerte, invocó a Papá Legba, Señor de las Encrucijadas, y volvió a desmayarse. Al despertar estaba siendo atendido en el campamento de su batallón,

donde le cauterizaron la herida con una vela de sebo y se la cubrieron con un emplasto de aloe machacado. Como los Loas seguían a su lado, al poco tiempo pudo volver a pelear junto a sus hermanos de sangre.

Dada la desproporción entre los ejércitos, Toussaint decidió recurrir a tácticas de terror. Luego de cada acción bélica los prisioneros eran obligados a presenciar ciertas ceremonias vudú que los paralizaban de pánico. El ritmo hipnótico de los ancestrales tambores yorubas y bantúes, más la ingesta de brebajes preparados con pócimas alucinógenas de peyote, yagé y cohoba inducían a trances, en cuyo éxtasis los negros degollaban a enemigos y luego se untaban los labios con su sangre. Una vez liberados, los soldados blancos que habían presenciado estas espeluznantes escenas, regresaban a sus regimientos y comentaban lo que habían visto, sembrando el terror entre las tropas napoleónicas. Al llegar la época de las lluvias, el clima y la fiebre amarilla debilitaron aún más a los invasores y favorecieron los ataques de los negros.

Raymond Jeune no sólo había abandonado a Toussaint sino que bosquejó los planos que permitieron dinamitar varios arsenales negros. Esta colaboración fue valorada por Leclerc, quien lo consideró un ejemplo a imitar. Con el transcurso del tiempo, el general napoleónico también descubrió la excelente redacción del criollo y lo incorporó al grupo que colaboraba con su copiosa correspondencia destinada a Bonaparte.

La primera carta que le dictó Leclerc contenía frases que sobresaltaron al joven Raymond: *“Tengo a más de mil hombres ya hospitalizados. Debemos contar con que el número de bajas en este país va a ser considerable. (...) Es preciso que el gobierno me envíe víveres, dinero, tropas...”* La siguiente era del mismo tenor: *“Mi posición empeora de día en día. La enfermedad devora a mis hombres. (...) Le ruego dé la orden de que me envíen 10.000 hombres inmediatamente. (...) Le insto a que me envíe tropas. Sin ellas no podré llevar a cabo el desarme de la población, y sin el desarme no podré adueñarme de esta colonia.(...) Aplico castigos ejemplares, y puesto que el terror es el único recurso que me queda, lo empleo a fondo.(...) En Gros-Morne cincuenta prisioneros han sido ahorcados; estos hombres mueren con un fanatismo increíble; se burlan de la muerte; las mujeres también.”*

En una carta posterior, Leclerc informaba que había comenzado a ejecutar el plan de Napoleón: Toussaint debía jurar fidelidad a la República y, con los honores del caso, sería embarcado rumbo a Francia. Ya sin su líder en la isla, los oficiales negros deberían abandonar sus cargos. Los que se negaran serían fusilados. Luego, el ejército francés desarmaría a todos los hombres de color. El objetivo final consistía en reimplantar la esclavitud y devolver regresar a los negros a sus antiguos amos. De esta forma, los cultivos deberían recuperar los volúmenes de producción alcanzados durante la monarquía.

Toussaint sentía tal admiración por Napoleón que jamás imaginó ser traicionado por él. Prefería suponer que Leclerc había extralimitado las órdenes de aquél. Por esta razón no le extrañó que, luego de tantas bajas sufridas por el ejército francés, el general napoleónico le propusiera negociar. Este exceso de confianza fue su perdición ya que, desde París, el propio Bonaparte había pergeñado una diabólica trampa en la que los hijos de Toussaint serían el cebo. Los muchachos, que estaban estudiando en Francia, fueron trasladados al Caribe en el mismo barco que Leclerc, con la intención de utilizarlos en caso de que su padre no pudiera ser doblegado por la fuerza. Cuando el cuñado de Napoleón consideró llegado el momento, hizo descender a los hijos de Toussaint para que le llevaran una carta a su padre. Aimé, presente en ese emotivo

reencuentro, se sorprendió al ver la cariñosa sonrisa que ablandaba los duros rasgos de su jefe mientras acariciaba y abrazaba largamente a sus hijos. El líder negro creyó que, al involucrar a su familia, Napoleón le estaba demostrando su disposición a escucharlo y aceptó viajar a Francia. Al subir a la nave, Toussaint fue obligado a entregar su sable. Tarde comprendió el engaño. Giró hacia Aimé, que lo había acompañado hasta el muelle y, con la voz enronquecida de furia, le gritó su última proclama: *“Al derrocarlo, sólo se ha abatido el tronco del árbol de la libertad de los negros. Pero éste volverá a brotar de sus raíces, porque son muchas y muy profundas”*. Antes de que los guardias reaccionaran, Aimé se arrojó a las encrespadas aguas de la bahía y desapareció atesorando el histórico mensaje de su líder.

Tras capturar a Toussaint, el general Leclerc redactó precisas instrucciones sobre cómo tratar al prisionero: *“...debe encerrarlo en una fortaleza situada en pleno corazón de Francia para garantizar que no se escape ni pueda volver a Saint-Domingue, donde disfruta de tanta influencia como el líder de una secta. Si al cabo de tres años este hombre reaparece en Saint-Domingue, tal vez sería capaz de destruir todo cuanto Francia ha construido en esta isla.”*

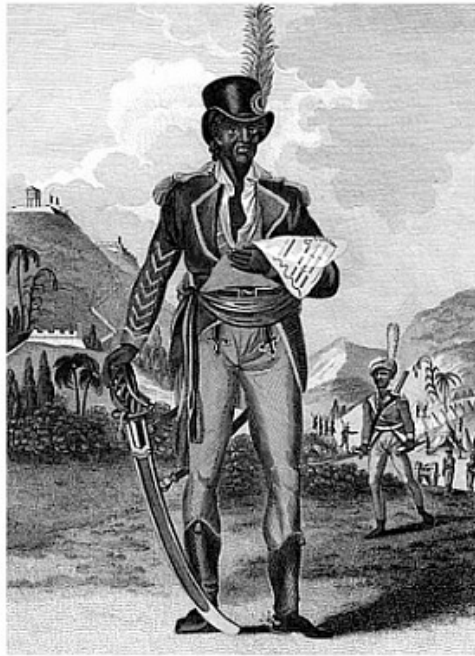
Aimé invocó a los Loas pidiendo ayuda y venganza. Leclerc no pudo disfrutar de su deshonesto triunfo porque la fiebre amarilla pronto acabó con su vida. Raymond Jeune quedó a cargo de la enorme correspondencia que había dejado su jefe. Debía reunirla y ordenarla para que fuera remitida al gobierno francés. Mientras realizaba esta tarea llegaron más cartas, una de ellas contenía información sobre Toussaint: *“Una vez llegado a Europa fue encerrado en la prisión del castillo de Joux, ubicado en las nevadas montañas del Jura, donde los días fríos y grises se sucedían sin que un rayo de sol entibiara su celda. Sólo el viento helado penetraba a través de los barrotes. Pronto enfermó, pero no recibió atención médica porque “el organismo de los negros es distinto al de los blancos”. A pesar de sus intentos, la fiebre no le permitía pensar en otra cosa que no fuera el frío que le penetraba en los huesos. Nunca había padecido algo semejante. Finalmente, durante el invierno de 1803, una noche, la mísera ración de leña se agotó y, al extinguirse el fuego, todo se agravó. Cuando sus extremidades comenzaron a entumecerse y aparecieron los primeros atisbos de somnolencia, Toussaint lamentó no haber muerto en batalla. Resignado, se propuso soñar con sus luchas por la igualdad de razas y se durmió dignamente.”*

Era demasiado tarde, pero Raymond Jeune ya no tenía dudas. Se había pasado al bando equivocado. No era Napoleón sino Toussaint quien defendía los ideales republicanos de libertad e igualdad.

Dessalines

“En 1803 los negros de Haití propinaron tremenda paliza a las tropas de Napoleón Bonaparte, y Europa no perdonó jamás esta humillación infligida a la raza blanca.”

EDUARDO GALEANO: “Los pecados de Haití”(Montevideo, 1996)



La proclama póstuma del Toussaint L'Ouverture fue premonitoria. Cuando Aimé la difundió entre las tropas negras, *“las raíces profundas del tronco de la libertad”* retomaron la lucha revolucionaria contra el ejército napoleónico. Para motivar aún más a los soldados, el nuevo comandante –Dessalines– los arengó apelando al vudú: *–Toussaint está esperando a los que mueran en batalla para incorporarlos al invencible ejército de los Loas de Guinea.*

Leclerc se había comprometido a desarmar a la población, pero ni él ni su sucesor lo lograrían. Los negros sabían que sus armas eran la única garantía para no volver a la esclavitud y cuando intentaron quitárselas se rebelaron. Las insurrecciones estallaron por toda la isla y los civiles sublevados se sumaron a las milicias.

Jean-Jacques Dessalines era un ex esclavo negro, analfabeto, incapaz de hablar la lengua francesa, pero dotado de un fuerte carácter e innato talento militar. Además supo rodearse de gente experimentada, como Aimé quien, tras haberse desempeñado durante más de diez años como asistente de Toussaint, había asumido el rol contemporizador de su difunto jefe. Por eso, sugirió buscar el apoyo de los mulatos y repitió los argumentos que Dol había expuesto en su carta de despedida. Apelando a la frase empleada por Mackandal: *–“L-nion fé lafòs” (La unión hace la fuerza)*-, Dessalines aceptó la sugerencia y esbozó una propuesta, que pronto fue aceptada por Pétion: luchar por la independencia nacional y repartir las tierras entre todos los combatientes. Una vez lograda la unidad entre negros y mulatos, se generalizó una guerra a muerte contra el enemigo común. A pedido de Rochambeau, reemplazante de Leclerc, Napoleón mandó otros 20.000 soldados y 1.500 perros feroces entrenados para el combate. Los Loas quisieron que Aimé fuera testigo de cómo, en nombre de una civilización superior, los franceses exterminaron a miles de hombres, mujeres y niños negros, que eran subidos a los barcos, masacrados y tirados por la borda. Los rebeldes devolvieron golpe por golpe y ahorcaron a quinientos blancos. –Ya no se pelea con coraje sino con odio –masculó Aimé. Los napoleónicos recurrían a los incendios pero las tropas de Dessalines seguían avanzando, descalzas, sobre la tierra calcinada. La batalla final se desarrolló en Vertières, donde Aimé volvió a enfrentarse con Raymond Jeune. Esta vez el negro no dudó. Apuntó y disparó. Ese mismo día, los franceses fueron vencidos y expulsados de la isla.

Para sorpresa de Napoleón, sus tropas, victoriosas en Europa y Egipto, acababan de ser derrotadas por un místico ejército conformado por negros y mulatos que luchaban por su libertad.

En 1804, los vencedores proclamaron su independencia y crearon un nuevo Estado soberano al que denominaron Haití, *tierra montañosa* en lengua taína. Ese mismo año, la primera nación de hombres libres de raza negra en el mundo, se transformó en el Imperio Haitiano y Jean-Jacques Dessalines fue coronado como Jacques I. Este emperador negro decretó la muerte de todos los blancos residentes en el país, exceptuando a un puñado de sacerdotes y médicos de confianza. Con esa drástica resolución, Haití se convirtió en una comunidad íntegramente africana, enclavada en el Caribe.

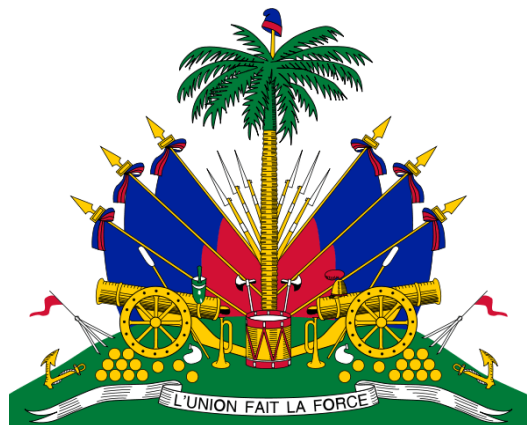
Libertad

“Los esclavos derrotaron paulatinamente a los blancos de la isla y a los soldados de la monarquía francesa, resistieron a una invasión española, a una expedición británica de 60.000 hombres y a una expedición francesa de tamaño similar comandada por cuñado de Napoleón Bonaparte. La derrota del ejército de Bonaparte en 1803 desembocó en la creación del estado negro de Haití, que perdura hasta la actualidad”

C. L. R. James, “LOS JACOBINOS NEGROS”

“Haití representaba para mí las Antillas heroicas y también las Antillas africanas... Haití es el país donde el hombre negro se puso de pie, por primera vez, para afirmar su voluntad de formar un nuevo mundo, un mundo libre».

Aimé Césaire, “Conversación con René Depestre”



Aimé era ya un hombre libre. Los esclavos africanos habían vencido a sus amos europeos y obtenido su propia libertad. Haití acababa de nacer en condiciones desastrosas. Las luchas por la independencia duraron más de una década y la inmensa mayoría de las haciendas, plantaciones e Ingenios habían sido arrasados. La economía estaba quebrada. Los pobladores de la isla habían pasado de esclavos a súbditos de un improvisado emperador, incapaz de enfrentar la anarquía reinante. La nueva nación tampoco podía esperar ayuda extranjera porque, mediante el bloqueo, las potencias intentaban evitar que esa revolución negra contagiara la conciencia colectiva de otras colonias americanas. Había mucho para hacer y lo más urgente era recomenzar la producción para sobrevivir. Entonces, Aimé solicitó dejar el ejército para dedicarse a trabajar la tierra y sembrar alimentos. La respuesta fue que los militares se ocuparían también de eso. Y así fue. Poco después, largas caravanas de soldados descalzos, con chaquetas mil veces usadas, acarreando machetes, palas y zapas en lugar de armas, comenzaron a recorrer las regiones fértiles de la isla buscando tierras para la labranza. Eran vigilados por oficiales negros montados en los caballos napoleónicos y enfundados en los ostentosos uniformes requisados a los franceses, pero portando la nueva bandera haitiana. Tras varias jornadas de cansancio sin fin, encontraron una plantación que, pese a haber sido incendiada, conservaba grandes manchones verdes. Mientras el grueso de la columna continuaba su extenuante marcha, Aimé y una veintena de soldados, custodiados por un oficial, recibieron la orden de recuperar la caña de azúcar que se hubiera salvado del fuego. A partir de entonces, día tras día, desde la mañana hasta el atardecer, Aimé macheteaba caña. Pero ya no era un esclavo, ahora trabajaba para el Emperador, por un salario igual al de los soldados rasos. Tampoco había amos, ya nadie podía vender o comprar personas como mercaderías, ahora las órdenes las daban oficiales negros con ínfulas napoleónicas.

Cierto día, mientras trabajaba, Aimé sintió un pinchazo paralizante en el pie, al tiempo que veía a un escorpión escaparse entre la hierba. La ponzoña le causó un mareo y no pudo evitar desplomarse. El dolor se extendía desde el pie a la pierna y ésta se inflamaba tensando la piel ya violácea. La sed era insoportable. Cuando comenzaron los escalofríos luchó para no perder el conocimiento. Le dolía todo el cuerpo. Se mordía la lengua para no gastar sus menguadas energías en un grito desesperanzado. No quería morir pero no tenía medicamentos. Como último recurso se practicó una sangría con el machete. Aprovechó la sangre que manaba de la herida para regar la tierra, dibujando un *vevé*, mientras invocaba a *Loko*, dios de la curación: *“doy para que me des”*. Fue entonces cuando alguien se le acercó, pero no para ayudarlo. Era el oficial a cargo quien, desenvainando su sable, lo intimó a desistir del ritual, porque el emperador negro había prohibido todas las manifestaciones de la religión vudú. Pero *Loko* no aceptaba prohibiciones de este mundo y Aimé sobrevivió.

Aimé estaba desilusionado, cada día era semejante al anterior, sin esperanza. Después de luchar por la libertad durante más de trece años sus condiciones de vida seguían siendo las mismas que en la esclavitud, con el agravante de que ahora no convivía con mujeres, ni podía disfrutar de los festejos rituales de sus ancestros. Así, de a poco, como si la vida fuera un continuo retorno, sus reflexiones lo hicieron añorar su época de cimarrón, en aquel palenque junto al río que regaba los sembrados. Pero, al igual que en aquellos tiempos, el castigo para los prófugos era la muerte, aunque ahora lo llamaban *“ejecución de desertores”*. Ya no era el adolescente rebelde y los años lo habían vuelto más precavido, sin embargo no aceptaba resignarse. Fue entonces que le propuso al oficial que lo autorizara a explorar las tierras río arriba, en

dirección opuesta a la que había seguido la caravana de soldados, porque recordaba la existencia de un vallecito muy fértil y de fácil acceso que, explotado por el ejército, podría lograr una importante producción. Con la esperanza de que ese hallazgo se transformara en un ascenso en su carrera militar, el oficial accedió al pedido y le extendió un precario salvoconducto para que otros oficiales no lo confundieran con un desertor.

Todavía rengueando a causa de la herida, Aimé caminó durante varias horas en la dirección acordada. Luego de descansar un rato decidió cambiar su rumbo, atravesó los campos quemados y se dirigió a las montañas, esforzándose por no dejar rastros. A medida que remontaba la ladera encontraba más vegetación que no había sido alcanzada por el fuego y el aire dejaba de oler a cenizas. Cuando el cansancio ya le impedía seguir caminando, tras echar un vistazo hacia la llanura que había dejado atrás, decidió pasar la noche junto a un curso de agua rodeado de altos arbustos. Mientras refrescaba en el arroyo el pie herido, comenzó a divagar:

– ¿Ya seré un desertor? ¿Alguna partida militar habrá comenzado a buscarme? ¿De qué sirvieron tantos años de lucha si ahora me persiguen como cuando era un cimarrón? ¿Los Dioses de Guinea volverán a ayudarme?

Cuando despertó, las primeras luces del amanecer ya se filtraban entre el follaje. Comió unas frutas, bebió abundante agua fresca y comenzó a caminar por el lecho del arroyo, cuidando de no resbalar en las piedras musgosas, alisadas por la corriente. Entre las escarpadas paredes de un desfiladero descubrió el lúgubre cañadón oculto bajo la tupida maraña verde. Un silencio de muerte envolvía a la agresiva naturaleza que había perdido el canto de sus pájaros. Nada quedaba del aroma embriagador de flores silvestres y frutas maduras. Nada de ruidos, nada de olores, nada de nada. Siguió avanzando y bordeó la traicionera hondonada sembrada de estacas y púas. Al fin de la tenebrosa garganta comenzó a distinguir algo. Asomaba el brillo del sol.

Finalmente llegó al acogedor valle otrora ocupado por el palenque. Con nostalgia, comenzó a recordar los buenos momentos allí compartidos con aquella muchacha: las charlas junto al fuego, la complicidad ante la pícara mirada de Fortuné, el mágico aprendizaje de las primeras letras. De pronto el silencio estalló. Una extraña bulla lo sobresaltó y miró en dirección del río. Un pequeño grupo de mujeres y niños, jugaba en el agua. En medio de las risas descubrió la sonrisa luminosa de Fleurette.

FIN

ÍNDICE

1.	Cimarrones	2
2.	Mackandal	5
3.	Palenque	10
4.	Agua	12
5.	Cautivos	16
6.	Bouckman	19
7.	Toussaint	22
8.	Rigaud	27
9.	Leclerc	31
10.	Dessalines	35
11.	Libertad	37

Repiblik Ayiti République d'Haïti República de Haití



Bandera



Escudo

Lema: *L'union fait la force*
(francés: «La unión hace la fuerza»)

Himno nacional: *La Dessalinienne*



BIBLIOGRAFÍA

CÓDIGO NEGRO: Redactado por el Ministro Jean-Baptiste Colbert. Promulgado en marzo de 1685 por Louis XIV, rey de Francia. Ingresó en el Consejo Supremo de Santo Domingo en 1687.

www.haiti-reference.com/histoire/documents/code_noir.html

JAMES, C.L.R.: *Los jacobinos negros*, Toussaint L'Ouverture y la revolución de Haití. Primera edición en inglés, 1938. Primera edición en castellano, Junio de 2003. Fondo de Cultura Económica.

CÉSAIRE, AIMÉ: *Toussaint L'Ouverture*. Présence Africaine. Biografía, 1962.

CARPENTIER, ALEJO: *El reino de este mundo*, 1993. Editorial Andrés Bello

PRICE-MARS, JEAN: *Ainsi parla l'oncle. Essais d'ethnographie* (Paris, 1928). *Así habló el tío* (La Habana, Casa de las Américas, 1968).

ROUMAIN, JACQUES: *Gobernadores del rocío y otros textos*. Biblioteca Ayacucho.

BARNET, MIGUEL. *Biografía de un cimarrón*. Barcelona: Ariel 1968.

ORTIZ, FERNANDO: *Los negros esclavos*. Edit. Ciencias Sociales, La Habana, 1987.

SANNON, P.: *Histoire de Toussaint L'Ouverture*. Imprenta Heraux, Haití, 1920.

BONAPARTE, NAPOLEON: *Juicios sobre sus contemporáneos y sobre sí mismo*.

LACROIX, PAMPHILE de: *Memoires pour servir á l'Histoire de la Révolution de Saint-Domingue*, Paris, 1819.

NEMOURS, A: *Histoire de la captivité et de la mort de Toussaint L'Ouverture*. París, 1929.

CASTELAR, EMILIO: *La abolición de la esclavitud*, 20 de junio de 1870

GALEANO, EDUARDO: *Los pecados de Haití*. Revista Brecha 556, 22 de julio de 1997.

UNESCO: *La Ruta del Esclavo*, http://portal.unesco.org/culture/es/ev.php-URL_ID=25659&URL_DO=DO_TOPIC&URL_SECTION=201.html

FUNDACION FERNANDO ORTIZ: *Revista CATAURO*, dirigida por Miguel Barnet.

WALVIN, JAMES: *Britain's Slave Empire*. Editorial Trafalgar Square.

BLACKBURN, ROBIN: *The making of the New World Slavery*, 1492-1800.

BOISROLIN, HENRY: *La Revolución Haitiana (1791 – 1804)*, Revista Ariadna Tucma.

VAISSIÈRE, P. de: *Saint- Domingue, 1629-1789. La société et la vie créoles sous l'Ancien Régime*. París, 1909.

PEYTRAUD, L.: *L'esclavage aux Antilles Françaises avant 1789*. París, 1897.

DICTIONNAIRE CRÉOLE: http://www.lexilogos.com/creole_langue_dictionnaires.htm

PICOTTI, DINA: *La presencia africana en nuestra identidad*. Ediciones del Sol. Buenos Aires, 1998.

VITALE, LUIS: *Haití, primera nación independiente de América latina*. Revista Todo es Historia, Nº 245, Buenos Aires, 1987.

ORTIZ, FERNANDO: *Los bailes y el teatro de los negros en el folklore de Cuba*. Letras Cubanas, LA HABANA, 1985.

EL BÀLÁWO: Médico Tradicional (Yorubás y santería afrocubana) EDITORIAL 21, 1997.

LEDA MARTINS: *Performances of Spiral Time*, Universidade Federal de Minas Gerais, Brazil.

SANTOS, CLAUDIA: *Um olhar sobre afro-descendentes das Américas e do Caribe*.

LAENNEC HURBON: *Dios en el vudú haitiano*. Ediciones Castañeda, Buenos Aires, 1978.

OKON EDET UYA: *Historia de la esclavitud negra en las américas y en el Caribe*

DELGADO ESCOBAR, CHRISTIAN: *Esclavitud, Cimarrones y Palenques*. Universidad de Cali. Colombia

PLUCHON, PIERRE: *Toussaint L'Ouverture, un revolutionaire noir d'Ancien Régime*. Fayard. 1989.

FROSSARD, A.: *Le cause des négres esclaves*. Lyon, 1789.

CABALLERO, NERSA: *Afroamérica, la oralidad y las culturas de resistencia*. Revista electrónica "Por La Ruta del Esclavo Mativo". Cuba/Colombia.

SOVINDOULA: *O juramento da revolução negra no Haití foi redigido em Kikongo ou variante*. UNESCO, Proyecto "Ruta del Esclavo". Angola.

ENCUENTRO PASTORAL AFROAMERICANO: *La cosmovisión de los pueblos negros africanos*. Esmeraldas, Ecuador, 1994.

LES ARCHIVES DU MINISTÈRE DE LA GUERRE: *Correspondence de Victor-Emmanuel Leclerc*. París.

LA BIBLIOTHÈQUE NATIONALE: París.

LEGISLACIÓN SOBRE LA ESCLAVITUD
(Cédulas reales y otras leyes o proyectos de ley)

Code Noir (Francia, Versailles 1685)

Real Cédula de 1789, España: "Para el comercio de negros"

Acta de Independencia y Abolición de la esclavitud (**Haití, 1804**)

Hidalgo y Costilla, Miguel. Decreto contra la esclavitud (España 1810)

Bando de libertad de vientres (Chile, 1811)

Reglamento de esclavos de Cuba (La Habana, 1842)

Bando Negro (1848)

Artículo 15 de la Constitución Argentina (1853)

Decreto sobre la Abolición de la Esclavitud en Perú (1854)

Emancipación de los esclavos en Estados Unidos (1863)

Enmienda XIII a la Constitución de Estados Unidos (1865)

Decreto sobre la esclavitud (España 1868)

Decreto de extinción de la esclavitud (España 1869)

Constitución de Guáimaro, 1869

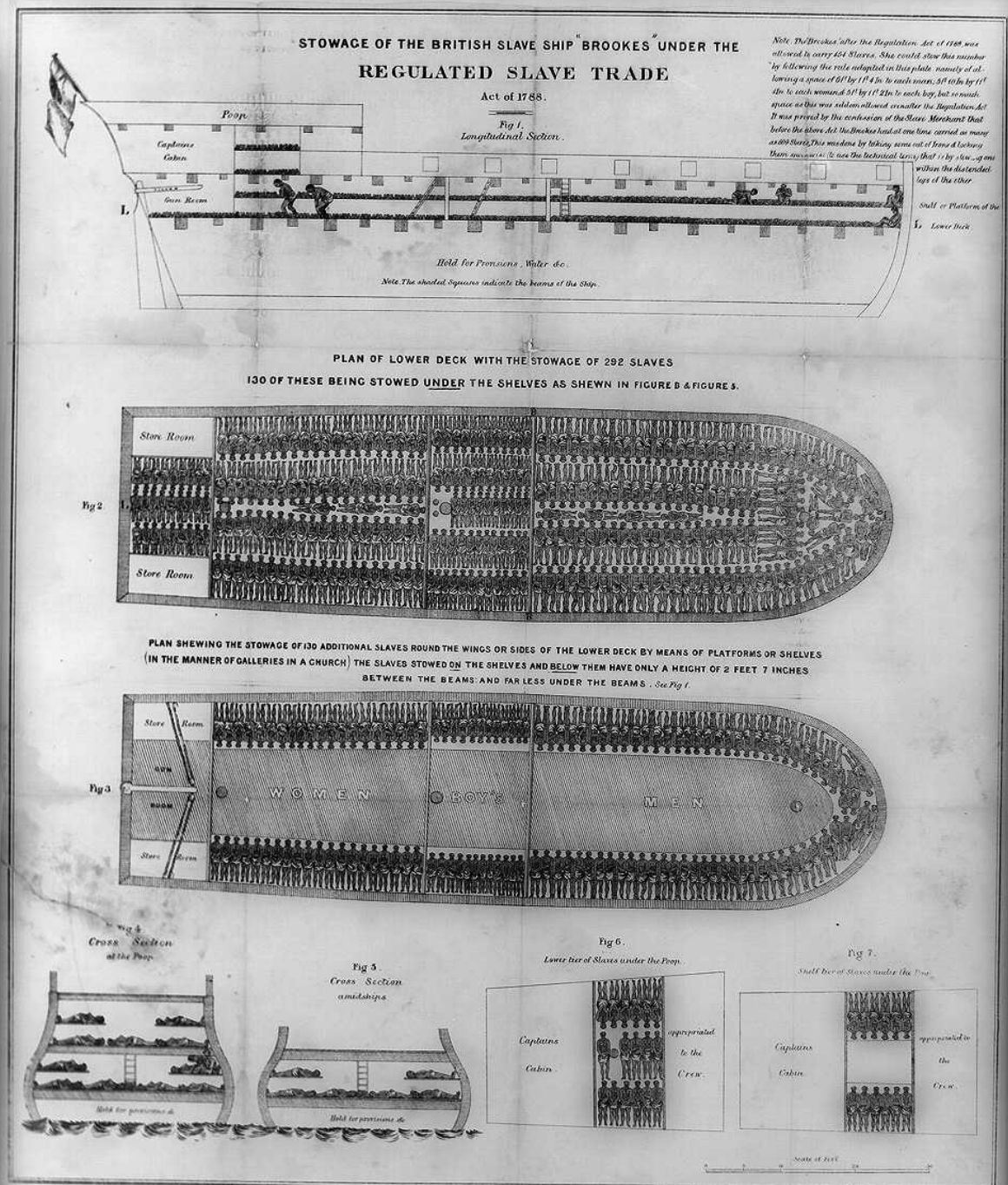
Proyecto de ley sobre la abolición de la esclavitud, España 1870 (4 de junio)

Proyecto de ley sobre la abolición de la esclavitud, España 1870 (28 de mayo)

Enmienda del Sr. Castelar al artículo 21, España 1870 (13 de junio)

Ley de la abolición de la esclavitud en Puerto Rico, 1873

Ley de la abolición de la esclavitud en Cuba, 1880



BARCO "NEGRERO": año 1788